

Selección
TERROR
CLARK CARRADOS
HISTORIA DE UNA TUMBA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

HISTORIA DE UNA TUMBA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 341
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 24.762 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: septiembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

El equipaje de Richard (Rick) Ashlett era más bien escaso: una mochila no demasiado llena a la espalda y un bastón de ferrada contera en la mano. Calzaba recias botas, vestía cazadora, camisa a cuadros y pantalones de sarga azul, y cubría su cráneo con una gorra a cuadros.

El tiempo, aunque fresco ya, era excelente, y el ejercicio de caminar evitaba el frío. Sin embargo, Ashlett no era un excursionista corriente, deseoso simplemente de gozar de la contemplación del paisaje.

En la mochila llevaba un gran cuaderno de dibujo, la mayoría de cuyas páginas estaban llenas de esbozos y apuntes trazados a lápiz. En aquellos momentos, Ashlett empezaba a pensar en la conveniencia de emprender el regreso a la pequeña población que había convertido en su base y centro de operaciones.

Todos los días muy temprano, casi con el alba, se levantaba, desayunaba, y luego, con un par de bocadillos en la mochila, emprendía su caminata, para regresar a la posada en que se hospedaba cuando las sombras de la noche invadían ya la tierra. Ahora, Ashlett podía apreciar que el sol declinaba hacia el horizonte y, todavía a cinco kilómetros de su alojamiento, se dijo que había llegado el momento de iniciar la vuelta.

Le pareció que por aquel lado podría ganar unos minutos y atravesó un trozo de bosque particularmente espeso, con gran abundancia de maleza. Por unos momentos, sintióse tentado de girar en redondo, temiendo haber equivocado el camino De pronto, la espesura se aclaró y se encontró en un lugar que, en el primer instante, le pareció pertenecía a otro mundo.

Había allí una especie de glorieta semicircular, con el suelo de grandes losas, entre cuyos intersticios había crecido abundantemente la hierba, con barandilla de piedra labrada y una especie de puerta de acceso en su centro, con los machones laterales rematados por grandes bolos de granito y en buena parte cubierto todo por la hiedra y otras plantas trepadoras

En el lado opuesto, de trazado recto, se divisaba un muro de roca, también granítico, formado por la parte inferior de un pequeño acantilado, situado en la base de una loma que no tendría más de cincuenta metros de altura. Había un amplio sector del acantilado que, se veía claramente, carecía de irregularidades en su superficie porque había sido alisado por la mano del hombre.

Y en aquel muro, sorprendentemente, había una puerta.

En el profundó silencio que reinaba en un paraje absolutamente solitario, Ashlett avanzó hacia la glorieta, cuyo suelo estaba a cierta altura sobre el circundante. Puso el pie en el primer escalón, cubierto de maleza, luego subió cuatro más y se acercó paso a paso a la puerta.

Entonces vio algo que aumentó todavía más su asombro.

La puerta, una enorme losa, que sin duda debía de ser muy gruesa, tenía

unas extrañas inscripciones grabadas en su superficie. A pesar de las hierbas trepadoras, Ashlett pudo leer:

CONSTANCE BEGGAR
1441-1464
VIVE EN EL SEÑOR

Aquella infortunada mujer había muerto en la flor de su juventud, escasamente cumplidos los veintitrés años. ¿Quién había sido? ¿Por qué estaba su tumba allí, en lo más intrincado de la floresta? ¿Por qué aquel panteón parecía dedicado a una sola persona y no a una familia, como hubiera sido lo normal?

Debía de haber sido persona noble, porque en la piedra se veía grabado un escudo de armas: una torre almenada, con dos leones rampantes a ambos lados.

Quizá, pensó, después de dedicar a Constance aquella sepultura, su familia había Juzgado conveniente construirse un panteón en otra parte. Sería cosa de preguntar a alguien, para conocer más detalles sobre el particular. A fin de cuentas, también él, en su día, debería contestar preguntas y no podía hacer el ridículo alegando ignorancia sobre el tema.

La luz había disminuido considerablemente. Prometiéndose regresar al mismo sitio a la mañana siguiente, Ashlett dio media vuelta y se alejó con paso rápido en busca del camino que le condujese a su alojamiento.

Aquella misma noche, hizo una pregunta a la dueña del albergue en que se hospedaba. La mujer le dijo que no sabía nada en concreto.

—Si —añadió—. He oído hablar de esa tumba, pero muy poco. A fin de cuentas, debe tener presente que sólo llevo aquí cuatro años. Pero puedo indicarle el nombre de una persona que conoce a fondo la historia de la comarca y que podría explicársela con todo lujo de detalles.

—Dígamelo, señora Fox —pidió Ashlett.

—Se llama Gregor MacCuff, pero salió ayer para Edimburgo y tardará algunos días en volver. De todos modos, usted no piensa volver inmediatamente a Londres, creo.

—Puedo esperar sin prisas el regreso del señor MacCuff —contestó Ashlett sonriendo.

* * *

Era un lugar ideal para tomar apuntes, se dijo a la mañana siguiente, situado junto a la vieja balaustrada de piedra labrada. Sacó el cuaderno de dibujo de su mochila y empezó a trazar líneas en la blanca superficie.

El invierno vendría pronto. Entonces podría trabajar en los apuntes que había tomado, trasladándolos a los lienzos que pintaría durante la temporada de frío. A la primavera siguiente, expondría y…

La tumba de Constance Beggar, en un lugar completamente solitario y

aislado, en medio de la floresta salvaje, que se conservaba casi como en el principio de los tiempos, cubierta de maleza y hierbas trepadoras, daba un encanto romántico al ambiente. Una tela con aquel paisaje, se dijo, entusiasmado, a poco «ángel» que pusiera en sus pinceles, no podría por menos de tener un éxito absoluto.

Tomaría apuntes desde distintos puntos de vista, se dijo. El empeño lo merecía.

El tiempo transcurrió velozmente. Estaba tan absorto en su trabajo, que no se dio cuenta de que alguien había llegado a la glorieta, hasta que oyó una voz a poca distancia:

—¿Es usted artista, señor?

Enormemente sorprendido, Ashlett suspendió el trabajo y volvió la cabeza. Entonces contempló una escena singular.

Había allí una hermosa muchacha, de poco más de veinte años, rubia, de ojos claros y figura sumamente esbelta, ataviada con una chaqueta de piel, pantalones y botas de media caña. En la mano izquierda sostenía la correa que iba a parar al collar de un afgano de color blanco y rojo y de más de sesenta centímetros de alzada.

Ashlett estaba apoyado en la balaustrada y se incorporó rápidamente, a la vez que, con la mano derecha, se quitaba la gorra un instante.

—Al menos, yo me califico de artista —sonrió—. Los demás no sé; todavía no he tenido tiempo de oír su opinión.

—Si no lo fuera, no tendría en las manos un cuaderno de dibujo —dijo la joven—. ¿Le gusta el lugar?

—Tiene un encanto particular, algo indefinible que lo hace enormemente atractivo Una tumba abandonada, en un bosque solitario... ¿No le parece interesante?

—Sí, muy interesante.

—Yo me he preguntado quién pudo ser esa Constance Beggar, indudablemente perteneciente a una familia noble, que fue enterrada en este mausoleo, en parte construido por el hombre y en parte por la naturaleza, y puesto que parece que la difunta fue noble, me extraña que no fuese enterrada en un panteón familiar. O que éste no se convirtiese después en la tumba de toda la familia, en lugar de ser la de una sola persona... pero, perdón, no me he presentado Mi nombre es Richard Ashlett, señora.

—Constance Beggar-Brown —sonrió la joven— Encantada, señor Ashlett.

La boca de Ashlett se abrió a causa de la sorpresa recibida.

—Se llama igual que…

—Sí, aunque con el aditamento de Brown al apellido, pero, estrictamente, no puedo considerar a Constance Beggar como mi antepasado. Sin embargo, soy la propietaria de los terrenos en que se encuentra esa tumba.

—Esto es muy interesante —murmuró Ashlett—. Y, con toda seguridad, la historia de la tumba debe de ser fascinadora.

—Terrible —calificó Constance.

—¿Cómo?

—So lo diré en pocas palabras. Antes de casarse con el señor de la comarca, Constance tuvo un amante... en el sentido que entonces se daba a la palabra. Un enamorado, mejor dicho, pero pobre, aunque noble. El Joven se dio cuenta de que no podría competir con las inmensas riquezas del señor de la comarca y. resignado, tuvo que asistir a la boda de Constance con su rival, más afortunado, de rango nobiliario muy superior e infinitamente más rico.

Al cabo de los años, lord Elgin Browder Beggar, que así se llamaba el esposo de Constance, empezó a sentir la mordedura de los celos. Había comprado una hermosa mujer, pero no su corazón. Eran unos celos infundados; ella se había casado presionada por la familia, sin amarle, pero jamás le había pasado por la imaginación violar la promesa de fidelidad dada en el momento de la boda. Lord Elgin, sin embargo, no pensaba así, y empezó a perseguir al antiguo pretendiente de su esposa. Este, dándose cuenta de que no podría hacer nada contra un hombre que tenía el derecho de horca y cuchilla en la comarca, optó por huir.

»A lord Elgin esta huida le pareció una confesión de culpabilidad y. sin más, hizo preparar esta tumba para la mujer a quien calificaba injustamente de infiel, y cuando la tuvo lista, la trajo y la sepultó viva. Hasta entonces, Constance había permanecido en un calabozo encadenada, sin que nadie osara oponerse a los violentos deseos de lord Elgin.

—La emparedaron —exclamó Ashlett, horrorizado.

—En efecto. Lord Elgin hizo que colocasen la losa que cerraba la tumba, en la cual no quiso poner ninguna inscripción, dado que consideraba a su esposa indigna de ningún epitafio.

—Pero alguien grabó después esa inscripción..

—El enamorado de lady Constance. Años más tarde, regresó y se enteró de la horrible historia. Tendió una emboscada a lord Elgin y lo mató. Nadie alzó un dedo para castigar su acción; en realidad, todos estaban hartos de él. Luego, aquel hombre ordenó se grabase la inscripción que usted puede ver. El escudo nobiliario pertenecía a la familia de Constance, por supuesto.

—Una historia fascinadora —calificó Ashlett—. Supongo que, desde entonces, nadie habrá tocado la losa de la sepultura.

—No podría asegurárselo. Una leyenda popular afirma que lord Elgin, en un momento de su vida particularmente apurado, escondió en la tumba un cofre lleno de monedas de oro. Para mí, se lo aseguro —sonrió Constance—, no es más que fábula.

—Sí, estas historias, que poseen una buena parte de autenticidad, con el tiempo degeneran en leyenda —convino el artista—. Señorita, le agradezco mucho la atención que ha tenido al relatarme la historia de esa tumba.

—He tenido un gran placer —contestó ella—. Se lo aseguro.

—Gracias. Oiga, usted debe vivir cerca

—A un par de millas, en Manstoke Hall. El edificio es relativamente moderno, levantado sobre los cimientos del antiguo castillo de lord Elgin.

Quizá le guste tomar apuntes del lugar. Vaya siempre que lo desee, señor Ashlett.

—Se lo agradezco infinito, señorita.

Constance hizo una ligera inclinación de cabeza y dio media vuelta. Un poco más allá, soltó la correa del perro, que empezó a saltar y a corretear a su alrededor.

Una visión encantadora, suspiró Ashlett. Tendría que preguntar en el pueblo quién era aquella hermosa muchacha, en apariencia muy delicada, pero rebosante de vitalidad, estallante de Juventud. ¿Había dicho Manstoke Hall? La palabra Hall sugería un palacio, una enorme construcción, abundante en lujos y comodidades.

Lo tendría en cuenta, se dijo, mientras trataba de aprovechar las últimas horas de luz.

En aquel momento, unos rayos de sol se filtraron a través del espeso ramaje c incidieron de lleno sobre la losa sepulcral.

Durante un cortísimo espacio de tiempo, Ashlett creyó hallarse ante un milagro. Un extraño resplandor parecía brotar de la losa. Al otro lado, como vista en transparencia, había una mujer, cubierta de blancas vestiduras, que tendía los brazos hacia él, implorando un socorro que no podía prestarle.

Pero la visión duró muy poco. En unos segundos, todo volvió a la normalidad, de tal forma que Ashlett, sacudiendo la cabeza, llegó a pensar que se había quedado dormido y que aquella visión no era sino producto del sueño.

CAPITULO II

Los dos hombres, pesadamente cargados, llegaron a la glorieta y, tras unos momentos de descanso, se dispusieron al trabajo.

Entre los objetos que aquellos individuos habían llevado consigo, figuraban dos potentes lámparas eléctricas, cuyos rayos enfocaron sobre la losa que cerraba la sepultura. Luego, uno de ellos se acercó a la pared rocosa y examinó críticamente la junta de la losa.

—Costará un poco, pero lo conseguiremos —dijo al cabo.

—¿Esta noche?

—Si apretamos un poco, puede que sí.

—Tendríamos que conseguirlo. Si no es así, alguien podría venir durante el día y ver que aquí había pasado algo extraño.

—Bueno, en todo caso, podemos cubrir la losa con hierbas y plantas trepadoras. Por desgracia, no podemos usar la dinamita; es algo que haría mucho ruido y no tendríamos tiempo de escapar antes de que alguien llegase aquí a ver lo que había sucedido.

—Está bien, entonces, vamos, ¡al trabajo!

Symon Norris lúe a uno de los bultos que había traído consigo y sacó una piqueta de albañil completamente nueva. Volvió a la pared rocosa, se puso la piqueta entre las piernas, escupió en la mano derecha, se frotó luego las dos y, sin pérdida de tiempo, empezó a atacar la argamasa que cubría el intersticio existente entre la losa y la roca contigua.

Benny Randall se dispuso a hacer lo mismo en el lado opuesto con otra piqueta. De pronto, cuando ya iba a asestar el primer golpe, creyó oír un ruido extraño.

—¿Has oído, tú? —preguntó.

Norris suspendió su tarea un instante.

—¿Qué, Benny?

Randall sacudió la cabeza.

—No sé... Quizá es que este lugar me impresiona demasiado... Me pareció escuchar aullidos de mastines...

—En Manstoke Hall hay perros. Es de noche, todo está en silencio y un ladrido llega a gran distancia.

—No fue un ladrido, sino gruñido, que es muy diferente.

Norris lanzó una risita

—Benny, no irás a decirme que crees en la leyenda —se burló de su compañero.

—Este lugar me impresiona demasiado, ya te lo he dicho...

—Más te impresionará lo que hay al otro lado. ¡Vamos, dale de una vez o nos pasaremos la vida en este lugar!

—Sí, vamos a trabajar —suspiró Randall.

Descargó el primer golpe de piqueta, pero no dio el segundo.

Los gruñidos sonaban ahora más cerca. Empezó a sentir miedo.

A su lado, Norris seguía descargando golpes de piqueta. De pronto, los gruñidos se oyeron mucho más fuertes, mucho más cerca...

Randall no quiso esperar. Presa de un pánico cerval, dio media vuelta y escapó a toda velocidad, enloquecidamente, ansiando escapar de un lugar donde se hacían realidad las viejas historias de fantasmas.

Norris se volvió. Debía de ser algún can extraviado, furioso por un motivo que ignoraba, pero que no le importaba demasiado. En la mano tenía algo con que dar una buena lección al animal.

Tal vez, el perro, abandonado por sus amos, se había asilvestrado, convirtiéndose en una fiera, pero, a fin de cuentas, él le haría recordar muy bien lo que era un hombre. A las primeras de cambio, el can recobrarla la memoria y...

Algo le atacó por detrás, gruñendo horriblemente, apoyándose en su espalda y haciéndole caer de bruces al suelo. Quiso levantarse, pero, en el mismo momento, unos enormes colmillos se clavaron en su garganta.

* * *

Aunque solía madrugar demasiado, aquel día, sin saber por qué, Ashlett se quedo dormido hasta una hora relativamente avanzada. Al despertar, oyó ruidos de gente que entraba y salía rápidamente del albergue, y ello le extrañó, puesto que aunque no era tarde, parecía bastante temprano para que la gente del pueblo se decidiese a beber en la taberna, que también formaba parte del establecimiento.

Los ruidos cesaron a los pocos momentos. Ashlett se preguntó qué podría haberle hecho rezagarse tanto, pero no lo pensó demasiado. Simplemente, hacía una vida sana, sin agitación ni nerviosismos, en un lugar alejado del frenesí de la urbe y ello se reflejaba en la relajación total de su cuerpo, monte y músculos. Había charlado después de la cena con algunos conocidos, amistades hechas durante su estancia en el lugar, incluso se habían jugado unas jarras de cerveza a los dardos, y luego había subido a su dormitorio, donde se había dedicado a la lectura de una novela policíaca. Le había gustado y por ello no apagó la luz hasta terminarla, poco después de las doce.

—En fin, no tiene importancia —se dijo alegremente bajo la ducha—. Lo importante es haber descansado bien.

Y había dormido de un tirón, por lo que se sentía eufórico, rebosante de optimismo, enamorado de la vida... y hambriento.

Minutos más tarde, estaba en el comedor. Una camarera le sirvió un apetitoso desayuno. De pronto, alguien abrió la puerta y gritó:

—Moira, dile a tu ama que ya van a buscarlo.

—Sí, señor Radcliffe —contestó la sirvienta.

Nora Fox asomó por la puerta de la cocina.

—¡Buenos días, señor Ashlett! —saludó—. ¿Se ha enterado de la noticia?

—Pues... no, acabo de levantarme... —Ashlett consultó su reloj de pulsera —. Pasan unos minutos de las nueve y media, y le ruego me disculpe. Se me han pegado las sábanas —explicó, con la mejor de sus sonrisas—. Pero ¿qué noticia es ésa?

La señora Fox avanzó, secándose las manos con el delantal.

—Ve a la cocina, Moira —ordenó—. Yo se lo contaré en pocas palabras. Ha aparecido un cadáver junto a la tumba de lady Constance Beggar.

Ashlett se quedo rígido ante la mesa, con las dos manos en el borde.

Al regresar de su excursión comentó brevemente lo ocurrido durante la tarde, aunque sin mencionar su encuentro con la actual dueña de Manstoke Hall. La señora Fox le había prometido darle más detalles de la tumba, pero luego, ocupada con sus huéspedes y él entretenido con unos cuantos conocidos, habían acordado dejar las explicaciones para otro momento. A fin de cuentas, Ashlett había pensado que haría una visita a Manstoke Hall y ya no le corría tanta prisa oír algo sobre una leyenda que ya conocía en líneas generales.

—Cuénteme, por favor —pidió.

—Nadie conoce al muerto. Se supone que es forastero, pero que, sin duda, vino para llevarse el tesoro que hay en la tumba.

—¿Un tesoro? —Ashlett creía soñar—. Pero si ayer, ella no.

Se mordió los labios bruscamente. Un extraño instinto le hizo tomar la decisión de callar su conocimiento de Constance Beggar-Brown. Por el momento, lo mejor era guardar silencio sobre el particular.

—¿Decía, señor Ashlett?

—No, no, nada. Siga, por favor, señora Fox.

—El muerto ha aparecido con la garganta destrozada a dentelladas. Sin duda han sido los perros de lord Elgin.

—¿Los perros de lord Elgin?

—Pero ¿no lo sabía?

—No, en absoluto. Continúe, se lo ruego.

—Lord Elgin escondió el tesoro en la tumba. Luego arrojó una maldición sobre el lugar. Quienquiera que intentase apoderarse del tesoro, seria muerto por los perros que él dejaba eternamente de guardia ante el sepulcro.

—Oh, pero, señora... Se puede creer que en aquella tumba están los restos de una dama acusado, justa o injustamente, de infidelidad. Hace quinientos años, aquel castigo, cruel, no resultaba tan extraño como lo sería hoy; pero de ahí a creer que los espectros de unos canes guardan el sepulcro...

—Pues es verdad, y si no me cree, puede preguntarle...

—A mí, por ejemplo —se oyó de pronto la voz de un hombre en la entrada del comedor.

* * *

Ashlett volvió lo cabeza. El recién llegado avanzó, con la sonrisa en los

labios. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, apuesto, con unos hilos grises en las sienes y el rostro atezado de quien vive casi constantemente al aire libre. Vestía chaquetón y pantalones de pana, con unas recias botas camperas y en In mano izquierda tenía una gorra a cuadros.

—Luke Mawton, conservador de Manstoke Hall —se presentó—. Señora Fox, ¿quiere servirme, por favor, una taza de té? ¿Le importa que me siente, señor Ashlett?

—En absoluto —contestó el joven—. Pero veo que conoce mi nombre.

—Bien, ya lleva unos cuantos días en la comarca y, aunque no nos hemos tratado personalmente hasta este momento, le he visto en más de una ocasión. Sí, éste es un país con muchos paisajes pintorescos para trasladarlos al lienzo y... y también con alguna leyenda que otra.

—Como la de la tumba de Constance Beggar.

—Exactamente —Nora Fox vino con una taza humeante, la dejó ante Mawton y se retiró—. Quizá le parezca extraño que yo, un hombre moderadamente culto, crea en la leyenda, pero es que hay cosas que son ciertas, independientemente de lo que piense uno.

—Sí, es posible —convino Ashlett cautamente—. Pero, hasta esta mañana yo desconocía lo relativo a los perros que guardan la tumba.

Mawton sonrió.

—Dícese que lord Elgin, el que hizo emparedar a su supuestamente infiel esposa, tema unas puntas y ribetes de hechicero. O quizá tenía a su servicio algún astrólogo o alquimista... Bueno, en el siglo XV se estaba todavía en plena Edad Media y los astrólogos, alquimistas, brujas, magos y hechiceros, abundaban más que hoy día todos los médicos, asistentes sanitarios y enfermeros del país juntos. Como sea, lord Elgin enterró allí su tesoro y, por medio de conjuros hechos por sí o por otra persona, situó a dos de sus más fieles y feroces canes para que nadie lo tocase jamás.

—Señor Mawton, puedo admitir la leyenda —dijo Ashlett—, No dudaré de que lord Elgin guardase allí su tesoro, pero me extraña que pusiera dos perros guardianes para que nadie lo tocase.

—¿Por qué? Parecía lo lógico, ¿no?

—Durante una temporada, si la noticia se había divulgado aunque sólo fuese mediante rumores, sí; era preciso evitar el saqueo del sepulcro. Pero, muerto él, ¿qué utilidad podían tener los canes?

—Sus herederos. .

Ashlett sonrió, a la vez que alzaba la mano.

—Ahí sí que no paso —exclamó—. Lo poco que he oído sobre lord Elgin me ha convencido de que era un hombre terriblemente egoísta. No me cabe la menor duda de que sus herederos le importaban menos que a usted las hojas usadas del té que acaba de tomarse.

Mawton rió de buena gana.

—Es verdad, aunque también es preciso tener en cuenta otra posibilidad.

—¿Cuál, por favor?

—Lord Elgin, ya le he dicho que era aficionado a la brujería, pensaba vivir siglos mediante un filtro o porción mágica que alguien le iba a proporcionar. No sé si sabrá que, en los últimos años de su vida, se había hecho terriblemente odioso a sus súbditos y que, naturalmente, él no ignoraba la situación. Creo que quería prever el futuro...

—No le sirvió de nada. Alguien vengó la muerte de lady Constance.

—Sí —admitió Mawton—. Pero el conjuro sobre los canes había sido efectuado ya y todavía hoy, después de cinco siglos, siguen protegiendo la tumba.

—Yo estuve allí y no vi ningún perro.

—Usted fue a tomar apuntes para sus pinturas; en ningún momento se le ocurrió violar la tumba.

—Eso sí es cierto —convino Ashlett, sonriendo—. Y cuando se haya pasado todo esto, volveré allí para tomar más apuntes. Ayer llegué un poco tarde y apenas pude trazar cuatro rayas. Pero, dígame, ¿hay seguridad absoluta de que el muerto intentase violar la tumba?

—Si —confirmó Mawton—. Se han encontrado allí herramientas, tales como piquetas y palancas, y también algunas cuerdas. Es más, había otro ladrón, pero pudo escapar.

—Y el que se quedó, murió

—Con el cuello destrozado por los colmillos de los canes de lord Elgin —dijo Mawton muy serio.

Ashlett hizo un gesto con la cabeza.

—Terrible —murmuró—. Lo sabrá ya, supongo, la dueña de Manstoke Hall —agregó

—Se lo he comunicado yo por teléfono. Imagino que se habrá llevado un gran disgusto, pero era mi deber participarle lo sucedido.

Ashlett miró fijamente a su interlocutor.

—Ella reside en Manstoke...

—A temporadas como, por ejemplo, ahora, al final del verano y principios del otoño. Pasa el invierno en Londres y no regresa sino hasta el mes de mayo.

—Oh, y usted es...

—Conservador y administrador de la propiedad —sonrió Mawton. Se puso en pie—. He tenido mucho gusto en conocerle, señor Ashlett.

—El gusto y el placer han sido míos, señor Mawton —respondió el joven con no menor cortesía.

CAPITULO III

Desde el lindero del bosque, Ashlett contempló la casa de planta y primer piso, alargada, con tejado a dos aguas y aspecto sorprendentemente atractivo, pese a los años en que había sido construida. Algo de humo brotaba de una de las chimeneas, ladeándose ligeramente hacia el sur La fachada principal aparecía cubierta casi completamente por la hiedra. Varios robles y olmos, frondosos, robustos, con gruesos troncos, adornaban los alrededores de la casa, el suelo de cuya primera planta se encontraba a poca altura sobre el terreno en que había sido edificada.

Tras unos momentos de vacilación, Ashlett reanudó la marcha y tomó el sendero que conducía directamente a la casa. Cuando estaba a pocos metros, oyó unos ladridos.

Algo corrió hacia él. Ashlett sintió que se le cortaba la respiración al ver al perro que se le echaba encima.

—¡«Toppy», «Toppy»! ¡Aquí! —sonó la voz de Constance al otro lado de la casa.

El perro llegó junto a Ashlett, convertido en una estatua, y apoyó las patas delanteras en el pecho. Con no poco alivio, Ashlett vio que la cola del can se movía alegremente. «Menos mal me considera su amigo», pensó.

Constance corría también. Ashlett la encontró encantadora, con un vestido estampado y gran pamela de color claro con cintas azules. Al llegar a su lado, ella le tendió la mano, a la vez que le dirigía una hechicera sonrisa.

—Tiene que dispensarle —solicitó—. A pesar de su tamaño es muy juguetón y se hace en seguida amigo de la gente.

—No se preocupe —sonrió Ashlett—. Tiene usted un perro precioso... «Toppy» es su nombre, me parece.

El can ladró un par de veces. Ashlett le acarició la cabeza.

—Bueno, celebro ser su amigo —dijo—. Señorita, he venido a pedirle permiso para tomar apuntes de su casa. Es muy bonita, sobre todo con los árboles que la rodean por los costados y la fachada posterior. Realmente, podría conseguir un bonito tema.

—Tiene usted mi permiso durante todo el tiempo que lo necesite —respondió Constance—. Pero me parece que no va a empezar a tomar apuntes ahora mismo. En mi opinión, debería tomar algo más sustancioso... té y unas pastas, aunque no sea la hora adecuada.

—Bueno, he venido a pie desde el pueblo y eso siempre abre el apetito —contestó el joven alegremente.

—Entonces, acompáñeme, se lo ruego.

Ashlett siguió a la joven hasta la casa. Pero en lugar de entrar, ella rodeó el edificio y le condujo a la terraza posterior, soleada y junto a una extensa explanada cubierta de césped, en la que crecían media docena de enormes hayas. Había mesas y sillas de jardín y Constance, tras indicarle una de ellas,

entró en la casa para salir a los pocos momentos.

—Dentro de unos minutos, traerán el té —anunció—. ¿Ha vuelto por la tumba? —inquirió.

—No —contestó Ashlett—. Dejaré pasar un par de días. Ahora, me imagino, ese lugar debe de estar invadido por el forense, los policías y curiosos... Supongo que sabe usted lo ocurrido —dijo, mirando fijamente a la muchacha.

El rostro de Constance se había tornado repentinamente serio. La sonrisa se había borrado de sus labios.

—Sí, mi administrador me dio la noticia por teléfono esta misma mañana —repuso con voz opaca.

* * *

Después de unos sorbos de té, Ashlett fue el primero en romper el silencio:

—Tengo la seguridad de que se encuentra usted muy disgustada por lo sucedido. Si es así, quiero que sepa que cuenta con toda mi simpatía, señorita Constance.

—Gracias, señor Ashlett —respondió la joven—. Ciertamente, ha sido una noticia muy poco agradable, pero se trata de un suceso que, por fortuna, no ha ocurrido en esta casa. A decir verdad, ayer, cuando nos vimos, era la primera vez que iba a la tumba en muchos años, cuatro o cinco, por lo menos. Y no entiendo qué podía buscar aquel sujeto en el sepulcro de lady Constance.

—El tesoro. Usted, ayer, no me dijo nada sobre el particular.

Constance hizo un esfuerzo por sonreír.

—El tesoro, los canes fantasmagóricos que lo guardan. Sí, naturalmente, conocía la historia, pero, con sinceridad, me dio apuro contársela.

—¿Por qué? No deja de ser una leyenda...

—Temí que no me creyese. No presumo de sabiduría, pero tampoco soy una lugareña ignorante, supersticiosa y crédula. Me limité a contarle, simplemente, la parte auténtica de la historia. Nadie tiene la certeza de que haya allí un tesoro y no se puede creer en los espectros de los mastines que lo guardan. En cambio, está concluyentemente probado que lady Constance fue enterrada viva en aquella tumba por orden de su esposo, y también es auténtica historia la muerte de lord Elgin a manos del antiguo enamorado de su mujer.

—Creo que comprendo —sonrió Ashlett—. De todas formas, es muy desagradable.

—Sí —convino ella

—Pienso que no hubo perros fantasmas, sino alguna fiera La comarca abunda en bosques; está casi como en los tiempos de Robin Hood. Habrá fieras sin duda, ¿no le parece?

—Lobos, pero en invierno, cuando escasea la comida y bajan desde las montañas. Ahora no tienen motivos para atacar a las personas —dijo

Constance.

—Eso es cierto —concordó Ashlett—. Aún más, si se hubiese tratado de lobos hambrientos, el cadáver estaría medio devorado y, por lo que sé, sólo tiene heridas en la garganta.

—Pudo ocurrir que algo asustara a la fiera y la hiciese huir sin poder alimentarse.

—Estamos en el verano, aunque ya acaba. La comida tiene que abundar para los lobos. No es probable que bajen a esta comarca, en el llano, para saciar su hambre. ¿Un perro rabioso?

—Dejemos que sean las autoridades quienes se ocupen del caso, ¿no le parece?

Ashlett entendió que Constance no quería seguir conversando sobre un tema tan poco agradable y asintió.

—Desde luego, es lo mejor —replicó. Se puso en pie—. Y ahora, con su permiso, y después de agradecerle su hospitalidad, voy a ver si tomo algunos apuntes de Manstoke Hall.

—Considérese como en su casa, señor Ashlett —dijo la muchacha—. A propósito, ¿es muy entendido en cuadros antiguos?

—Pues... —Ashlett sonrió—. Sólo hasta cierto punto, aunque en su pregunta puede haber dos matices. Una cosa es que yo sea un entendido y otra aficionado a la buena pintura. El aficionado no siempre ha de ser un experto.

—Creo que le he entendido. Es que... en casa hay un cuadro, y algunos me han asegurado que es de Turner. .

—Llévelo a Londres, es lo mejor. Allí le harán un peritaje que la sacará de dudas.

—Sí, lo haré este invierno.

Ashlett inclinó la cabeza ligeramente y abandonó la terraza. Minutos después, abría su cuaderno de dibujo y empezaba a trabajar.

* * *

«Toppy» lo vio de lejos y corrió hacia él a grandes saltos, a la vez que ladraba alegremente. Ashlett hizo unas caricias al can y luego se acercó a la dueña de Manstoke Hall.

—La buena vida se ha terminado, Constance —dijo.

—¿Cómo, Rick? —se extrañó la Joven.

—Me vuelvo a Londres. Por eso estoy aquí, para despedirme de usted —declaró Ashlett.

Habían transcurrido ya dos semanas desde su primer encuentro. En aquel lapso de tiempo, Ashlett y Constance se habían visto unas cuantas veces. Una corriente de simpatía mutua había nacido entre ellos, aunque, por el momento, aquellos sentimientos no pasaban de lo natural en una buena amistad.

—Si —suspiró la joven—. El verano se acaba ya. Aún permaneceré hasta finales de setiembre, pero luego me marcharé de aquí.

—A Londres, naturalmente.

—No. a las Bahamas. Tengo allí unos amigos y me han invitado a pasar con ellos una temporada. Quizá me quede hasta después de Navidades.

—Muchacha afortunada —rió Ashlett—. Usted allí, disfrutando del sol, de la brisa marina, de las olas y yo en Londres, con frío, lluvia y bruma.

—Creo que no sentirá mucho el mal tiempo si se enfrasca en su trabajo. ¿No es así?

—Pienso que así será —convino él—. Me gustaría tener todo listo para la exposición de primavera.

—¿Hará un cuadro de la tumba?

—Será mi obra maestra, espero.

Hubo un instante de silencio. Ashlett se dio cuenta de que Constance parecía preocupada, pero aún no gozaba de la suficiente confianza como para preguntarle por los motivos de tal preocupación. Quizá, se dijo, sólo eran figuraciones suyas.

—Rick, venga a casa; tomaremos una taza de té —propuso Constance.

Mientras tomaban el té. Ashlett se preguntó cómo podría ser la existencia en aquel encantador lugar, junto a una mujer tan hermosa como Constance. En la chimenea, ahora apagada, arderían los troncos ya muy pronto; el otoño sería una estación ideal para residir en Manstoke Hall, largos paseos por el campo, descanso luego junto al fuego, «Toppy» dormitando sobre las pieles de oso que había ante el hogar... y la cabeza de Constance reposando sobre su hombro...

«Sueños, sueños, sueños», calificó para sí mismo. La vida era mucho más prosaica y menos romántica, y era preciso afrontarla tal como sucedía y no como uno querría que sucediese.

Al despedirse de Constance, le pidió un favor:

—Comuníqueme su regreso de las Bahamas, se lo ruego.

Ella sonrió suavemente.

—Se lo prometo, Rick.

Ashlett regresó al pueblo un tanto deprimido. Se preguntó si lo que sentía hacia Constance era algo más que simpatía. Era demasiado pronto para saberlo. Había pasado una temporada en el campo, había conocido a una hermosa muchacha en un ambiente lleno de sugestión y atractivos... y también se había producido un horrible suceso. Resultaba imperativo dejar pasar algún tiempo para que los recuerdos y los sentimientos pudieran sedimentarse y adquirir su forma definitiva, en uno u otro sentido.

Después de dejar sus trastos en el cuarto, bajó a la taberna. Nora Fox le sirvió una jarra de cerveza, a la vez que le miraba afectuosamente.

—Le veo un poco triste, señor Ashlett —dijo —Tal vez se debe a que ha de volver a Londres.

—Sí, en efecto.

—El invierno parece largo, poro se pasa más pronto de lo que uno piensa —filosofó la dueña de la posada—. En seguida llegará la primavera y usted

podrá volver a pintar aquí.

—Creo que sí, que volveré en cuanto pueda. Señora Fox, se lo aseguro; me llevo un recuerdo imborrable del pueblo y de la comarca.

—A pesar de la muerte de un sujeto llamado Symon Norris.

Ashlett, acodado en el mostrador, se irguió ligeramente. El autor de la frase era Luke Mawton.

—Usted se refiere al hombre que murió junto a la tumba de Constance Beggar —dijo, volviéndose hacia el recién llegado.

—Sí, claro. Señora Fox, por favor, sírvame cerveza —Mawton sacó cigarrillos—. ¿Fuma, Ashlett?

—Gracias. ¿Se ha sabido algo sobre lo ocurrido?

—No, nada más que lo que se averiguó en un principio. Unicamente sé que se pidieron informes del muerto a Scotland Yard, dado que se estima pudiera tener antecedentes delictivos. Pero, claro, esto es cosa del condado y no del único policía que hay en un pueblo tan pequeño como éste —respondió Mawton sonriendo.

—Sí, parece lógico.

Nora puso la cerveza ante su nuevo cliente y se alejó. Mawton levantó la jarra.

—Salud —brindó.

Bebió un largo trago. Luego de limpiarse los labios, dijo:

—Tengo entendido que se marcha mañana, Ashlett.

—Es cierto. Saldré a primera hora hacia Londres. Ya he dado por terminada mi estancia aquí.

—Es curioso —observó Mawton—. La comarca es bonita, tiene preciosos paisajes, pero cae fuera de las rutas turísticas. ¿Quién le recomendó a usted venir a este país?

—Nadie —contestó Ashlett—. Tengo en casa una colección de libros fotográficos con los paisajes más hermosos de Inglaterra. Antes de iniciar mis vacaciones, que en cierto modo no lo han sido, empecé a consultar esos libros. Vi unas cuantas fotografías de la comarca y decidí venir a contemplar los paisajes personalmente.

—Y le agradaron.

Ashlett sonrió.

—He estado aquí cinco largas semanas, una de las mejores épocas de mi vida —contestó significativamente.

—Eso quiere decir que volverá —supuso Mawton.

—Seguramente, pero sólo cuando haya llegado la primavera.

—Me agradará verle de nuevo por aquí.

—Muchas gracias. ¿Pasa los inviernos en la comarca, señor Mawton?

—Siempre, salvo por la semana de Navidad, que la paso en casa de una hermana que, vive en Gales. Siempre vivo aquí; me gusta y detesto las grandes capitales. Aun reconociendo que el invierno se hace abrumadoramente monótono, prefiero una semana de aburrimiento aquí a una

hora de diversión en Londres.

—Unos gustos más bien extraños, aunque comprensibles.

Mawton le guiñó un ojo.

—Y, a veces, tengo compañía —dijo, malicioso.

—Ah, es soltero.

—Sin ganas de casarme —rió el hombre estruendosamente. Alargó la mano— Tengo que marcharme —se despidió.

—Buen viaje, Ashlett, y que embadurne muchas telas.

—De eso puede estar seguro —contestó Ashlett.

CAPITULO IV

Llevaba dos meses de intenso trabajo y se sentía un tanto fatigado. El tiempo era lluvioso y frío, lo que excluía cualquier posibilidad de salir al campo. Pronto llegaría la Navidad y las temperaturas bajarían y se acentuarían las inclemencias del ambiente.

Ashlett se sentía satisfecho de su labor pero, notándose cansado, pensó que no le vendría mal suspender la tarea, aunque sólo fuese por cuarenta y ocho horas.

—Pero no solo —se dijo.

Entonces, se acordó de una antigua conocida suya, una alegre divorciada de treinta y dos años, amable y ardiente a un tiempo. Tomarse aquellos dos días de vacaciones con agradable compañía, no podría sentarle mal, calculó.

Sabía dónde podría encontrar a la alegre divorciada. A las cinco y media de la tarde, salió de casa. Quería llegar un tanto temprano, no fuese a perder su plan debido a un competidor que madrugase más que él. Cuando entró en el pub llamado The Silver Oak, la divorciada no había hecho aún acto de presencia.

Ashlett se acercó al mostrador y pidió cerveza. Todavía era pronto para darle al whisky. Tiempo habría, pensó, mientras se disponía a encender un cigarrillo.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, oyó a su lado una conversación que atrajo su interés desde el primer momento.

Los dos hombres hablaban a media voz, pero no tan bajo que Ashlett no pudiera escucharles. Sin duda, no se preocupaban de él al verle acodado en el mostrador, con la cabeza hundida en los hombros. Debían de suponer que concentrando en sus pensamientos, no prestaba atención al diálogo.

—Lo pasé muy mal, te lo aseguro —decía uno de los dos sujetos—. Yo ya conocía la leyenda, pero no creía que fuese verdad, como puedes imaginarte. Sin embargo, cuando oí los ladridos de los canes, créeme, se me pusieron los pelos de punta. No pude resistirlo, chico; eché a correr... y no paré hasta Londres.

—Symon no corrió, tú —dijo el otro.

—Allí se quedó. Jack, te diré una cosa: ni por todo el oro del mundo querría volver a aquella maldita tumba, protegida por los espectros de los canes..

En aquel instante, Ashlett, que se había dado cuenta del significado de la conversación, se olvidó por completo de la alegre divorciada. Giró sobre sus talones y se encaró con los dos sujetos.

—Caballeros, permitan que les interrumpa. Sin querer he oído parte de su conversación. Yo también estuve en la tumba de Constance Beggar. Y, precisamente, me encontraba en Paddock cuando se produjo aquel horrible suceso.

Benny Randall se atiesó.

—¿Es de la policía? —preguntó.

—No —contestó el joven, sonriendo—. No tengo nada que ver con el Yard, si es lo que está pensando. Soy artista y, como he dicho, me encontraba casualmente en Paddock cuando murió Symon Norris atacado por una fiera.

Ashlett estudió unos instantes el aspecto de los dos hombres y no tardó en llegar a una conclusión.

—Mi nombre es Ashlett, Richard Ashlett —se presentó.

—Benny Randall. Este es Jake Miller...

Miller se despegó del mostrador.

—El caballero debe de querer hablar contigo, Benny. Nos veremos más tarde —se despidió.

—¿Por qué no nos sentamos, Benny? —Sugirió Ashlett—. Quiero que me cuente todo lo que pasó allí... ¿Le gustarla ganarse diez libras? A fin de cuentas, no cometió ningún delito...

—Eso es lo que he dicho yo siempre —contestó Randall—. Naturalmente, no he ido diciendo por ahí que estuve con Symon la noche en que murió.

Ashlett hizo una señal al barman.

—Mándenos dos jarras de cerveza, amigo.

—Al momento, señor.

* * *

—La verdad, yo no confiaba demasiado en el asunto, y la verdad es que así fue, pero, por otra parte, tampoco nos costaba demasiado probar, de modo que fuimos a Paddock con las herramientas —Randall se pasó una mano por la cara —Todavía siento escalofríos cuando recuerdo aquellos horribles aullidos... Créame, no puedo oír ladrar a un perro sin que se me pongan los pelos de punta.

Ashlett sonrió. Los temores de su interlocutor eran harto comprensibles.

—Pero usted no vio a los canes —dijo.

—¡Ni ganas! Corrí como nunca, se lo juro. A veces, pienso que corría como en las películas de dibujos, dejando mi silueta en la maleza... Aquel bosque tan espeso impresiona, y más de noche En fin, llegué al coche, arranqué y me vine a Londres. Usted puede pensar que soy un cobarde... y no lo niego. En aquellos momentos sentía un miedo terrible, como nunca lo he sentido, ni siquiera cuando Rock «El Cañón» me apuntaba con su pistola, dispuesto a enviarme al otro barrio... A Rock pude manejarlo y escapar, pero ¿quién maneja a los fantasmas de unos canes?

Ashlett sonrió al oír la abigarrada pero, en cierto modo, lógica explicación del sujeto.

—Lo que mató a Norris no fue precisamente el fantasma de un perro—dijo—. De todos modos, eso es lo de menos, por ahora. Dígame, Benny, fue Norris el que le propuso ir a la tumba de Constance Beggar.

—En efecto, así fue.
—Es decir, usted no sabía nada del asunto.
—No, señor.
—En tal caso, ¿cómo lo supo Norris?
Randall se rascó la mejilla con el pulgar.
—Bueno, para esa pregunta no hay más que una respuesta —manifestó—. Hay una persona que puede darle detalles sobre el particular, si tanto le interesa.
—Por supuesto, Benny.
—Se llama Lois Shutton y era, fue un tiempo, la amiga del pobre Symon —indicó Randall. Añadió el domicilio; dijo que encontraría a la mujer en su casa, aceptó las diez libras y se marchó sumamente contento, le pareció a Ashlett.
Mientras llamaba a la puerta de la casa de Lois Shutton. Ashlett se preguntó a sí mismo qué extraño impulso le llevaba a hacer una cosa semejante. A fin de cuentas, no debería tener ningún interés en la muerte de un hampón... pero cierta invencible curiosidad le decía que allí había algo más que una simple leyenda, por terrorífica que fuese.
La puerta se abrió. Ashlett, complacido, observó que Lois ero una hermosa mujer, de unos veintiocho años, rubia natural, muy esbelta y de rostro sumamente atractivo. En aquellos momentos, vestía de calle, un traje azul eléctrico, muy ajustado a su silueta, medias y zapatos de tacón alto. En torno al cuello, llevaba una hilera de perlas y, en la muñeca izquierda además del reloj, de gran valor, ostentaba una pulsera de oro con rubíes y esmeraldas.
—Señorita Shutton —dijo Ashlett—, me envía Benny Randall. Deseo hablar con usted unos minutos...
Lois frunció el ceño.
—Hace tiempo que no veo a Randall —manifestó—. Ni a su compinche Symon Norris. Tengo muy malos recuerdos de esa pareja, créame.
—¿Dice que hace tiempo que no ve a Norris?
—Meses enteros. Rompí con él. Y definitivamente, se lo aseguro. Pero ¿quién es usted?
Ashlett sonrió
—¿No le parece que hablaremos mejor dentro de casa que en el umbral?
—De acuerdo. Pase, por favor. ¿Quiere algo de beber?
—No, gracias. Mi nombre es Ashlett, Richard Ashlett. Pero puede llamarme Rick. Supongo que no le importará que la llame Lois.
—Al contrario —rió ella—. Detesto los tratamientos.
—Ashlett sacó el encendedor al ver que Lois se ponía un cigarrillo en la boca. Luego, ella se sentó en un diván, cruzó las piernas de modo que la falda se subiera hasta más arriba de las rodillas, enseñando incluso el broche del liguero, y palmeó el asiento con una mano.
—A mi lado, Rick.
—Encantado.

Ashlett encendió también un cigarrillo. Luego empezó a hablar.

Unos minutos más tarde, Lois, con el ceño fruncido, dijo:

—Sí, fui yo quien le contó la historia a Symon, pero eso fue cuando estábamos todavía en buenas relaciones. No tardamos ni una semana en romper, te lo aseguro.

—¿Has estado en Paddock?

—No, nunca —y prosiguió —: A mí me lo contó Eileen Fogarty, una buena amiga que sí había estado en Paddock... bueno, no exactamente en el pueblo, sino en una mansión llamada Marsla... Morstuk...

—Manstoke Hall —puntualizó Ashlett.

—Sí, eso, justamente. No me acordaba bien del nombre...

—Bueno, pero ¿a que fue Eileen a Manstoke Hall?

Lois sonrió maliciosamente.

—Hay allí un tipo que se encaprichó de ella, es todo lo que sé.

—¿Sabes dónde vive?

—Pues... conocía su último domicilio, pero hace poco fui a verla y me dijeron que se había mudado sin dejar sus nuevas señas. Oye, te lo aseguro, hace lo menos seis meses que no tengo noticias de Eileen.

Para Ashlett estaba claro. Mawton, el conservador de Manstoke Hall, era un solterón, apuesto y atractivo... y cuando la dueña de la mansión estaba ausente, él aprovechaba para traerse una compañía agradable, que le hiciera pasar unos inviernos menos aburridos. Sin embargo, y ello era un dato a tener en cuenta, parecía como si Eileen Fogarty hubiese ido a Manstoke Hall a principios del verano último.

Claro que podía haberse hospedado en la propia casa de Mawton...

Dejó las suposiciones a un lado y se volvió sonriendo hacia la hermosa mujer que tenía al lado.

—¿Por qué rompiste con Symon? —preguntó

—Muy sencillo: no me gusta ser la mula de un hombre.

—No entiendo —dijo él, desconcertado.

—Trabajar para un fulano, tonto.

—Oh...

—Symon pensó que todavía vivíamos en el tiempo de los esclavos y que podía obligarme a hacer lo que quisiera. Lo desengañé muy pronto.

—¿Cómo, Lois? —sonrió Ashlett.

—Le rajé la cara, no mucho, aunque si lo suficiente para que supiera que no bromeaba, cuando le di el pasaporte. Cobró miedo y me dejó sola, que era lo que yo quería.

—Eres una mujer de armas tomar, no cabe duda. —De pronto, Ashlett se dijo que más valía Lois en mano que alegre divorciada volando Dios sabía por dónde y pasó la mano por la cintura de la joven— Ibas a salir, supongo. ¿Te esperaba alguien?

—Me gusta estar vestida muy elegante, cuando llaman a la puerta. La bata no me agrada, salvo en los momentos imprescindibles.

—Entonces, no pensabas salir.

—Puesto que estás aquí, no.

Ashlett buscó el cierre relámpago del vestido. Lois no protestó.

El torso de la joven quedó al descubierto. Ashlett se inclinó y besó uno de los rosados vértices, que remataba la blanca semiesfera, orgullo de su dueña. Lois emitió un leve gemido y. asiendo al joven por la nuca, le hizo aplastar el rostro contra su pecho.

* * *

Se desperezó en la cama, estirando los brazos voluptuosamente. Ruth West bostezó y luego se sentó, bajando la vista para contemplar sus senos, redondos, pesados, sumamente apetitosos para los hombres, como muy bien sabía ella de sobra. Luego echó a un lado las sábanas, se levantó y, completamente desnuda, fue al baño.

Al terminar, volvió al dormitorio y buscó su pitillera.

Frunció el ceño. No estaba... y se hallaba completamente segura de haberla dejado sobre la mesilla de noche. Antes de apagar la luz, había fumado un cigarrillo.

Incluso faltaba el mechero de oro. La pitillera era de plata, con sus iniciales en piedras preciosas, regalo de un adinerado admirador. Aquello no era lógico, se dijo.

Quizá estaba equivocada y la pitillera y el encendedor estaban dentro del bolso. Pero al buscar el bolso, se dio cuenta de que faltaba también.

Algo malo ocurría, se dijo. En el bolso tenía nada menos que cuatro mil doscientas libras, todos sus ahorros, además de la documentación, el pasaporte y una lujosa polvera de oro. Aquellos tres objetos valían mucho.

Empezó a sospechar de su anfitrión. Pero, no. él no podía ser...

Sólo la bata cubría su hermoso cuerpo. Fue al armario, lo abrió y se quedó estupefacta.

¡Estaba completamente vacío!

Durante unos segundos, Ruth West se negó a dar crédito a sus ojos. Debía de tratarse de una broma.

O no. La víspera había tomado un par de copas de más. Tal vez se había confundido de dormitorio...

Pero, en tal caso, ¿por qué tenía puesta la bata y, en cambio, no había el menor rastro de las prendas que llevaba puestas en el momento de acostarse?

De pronto, sin saber por qué, Ruth West sintió un miedo espantoso.

CAPITULO V

Rick Ashlett oyó el timbre de la puerta y, tras un segundo de vacilación, dejó los pinceles y la paleta a un lado. Limpiándose las manos con un trapo, cruzó el anchuroso estudio y abrió.

—Hola —dijo el hombre que estaba en el umbral.

—Hola —sonrió Ashlett—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Le vi a usted el verano pasado en Paddock —manifestó el sujeto—. Quizá me vio alguna vez en la taberna, aunque debo confesar que no la frecuento demasiado... Perdón, soy Alfred Kitterson. Usted es Ashlett, el pintor.

—Si, en efecto, señor Kitterson. Pase, se lo ruego.

—Gracias.

—Tomará una taza de té, imagino. ¿O prefiere café?

—A su susto, señor Ashlett. Supongo que mi visita le extrañará...

—Teniendo en cuenta que no nos conocíamos personalmente, un poco, debo admitirlo. —Llenó una taza y se la ofreció al visitante—. ¿Un terrón, dos?

—Uno, gracias.

Tomaron el té en silencio. Furtivamente, Ashlett observó a Kitterson: un hombre de cierta edad, no viejo, ni mucho menos, ya que aún estaba lejos del medio siglo, y que conservaba todavía gran parte de su apostura. Kitterson vestía discreta, pero elegantemente. En su mano izquierda, apreció, se veía brillar un gran sello de oro.

—Muy bien, señor Ashlett —dijo Kitterson, a la vez que sacaba una pitillera de plata—. Hablemos de los motivos que me han traído aquí, si le parece.

—Estoy a su disposición —contestó el joven.

Kitterson paseó la vista por los numerosos cuadros que atestaban el estudio. De pronto, se acercó al que estaba en el caballete.

—Parece que está a punto de terminarlo —dijo.

—Un par de sesiones más y está listo, en efecto

—convino Ashlett.

Kitterson se volvió hacia el artista.

—¿Cuánto pide por él?

Ashlett sonrió.

—¿Le interesa?

—Muchísimo. Es precisamente el que estaba buscando...

—En tal caso, deberá esperar al primero de abril, que es cuando inauguro mi exposición en la Biddle y Cread Gallery. Mis marchantes, los señores Biddle y Cread, fijarán un precio a las telas y allí podrá adquirir ésta, si tanto le agrada.

—Puedo pagarle mil libras...

Ashlett meneó la cabeza.

—Lo siento. El contrato quedarla roto automáticamente y es algo que no me gustaría sucediera. —sonrió—. No creo que mis marchantes fijen un precio tan elevado. Por tanto, es cuestión de que espere unas semanas y entonces podrá darse el gusto de adquirir una tela de la que, sinceramente, estimo es una de mis mejores obras.

—Lástima, me habría gustado llevármela inmediatamente...

—Repito que no puede ser. ¿Más té?

—No, muchas gracias.

Kitterson tendió su mano.

—Estaré en la galería de arte el día del *vernissage* —prometió.

Ashlett se quedó solo nuevamente. Desde una cierta distancia, contempló con ojo crítico la tela, en la que se reproducía la tumba de Constance Beggar.

Era un paisaje de un notable realismo, pero exento de toda connotación académica; una pintura de rasgos propios, netamente definidos y, aunque tradicional en el fondo, artísticamente avanzada. Si, tenía motivos para sentirse satisfecho del cuadro.

Aquel paisaje... meses atrás, allí había muerto un hombre de una horrible manera. ¿De veras existían los fantasmas de unos canes?

* * *

Ruth West despertó súbitamente y se sintió envarada primero y luego invadida por un frío horrible.

Entonces se dio cuenta de que estaba en un lugar húmedo, oscuro, completamente cerrado, y en el que había una pestilente atmósfera, invadida por unos olores que no había percibido jamás.

Sintió la boca espesa. Alguien le había dado un narcótico, no cabía duda. Pero ¿por qué?

De pronto recordó el robo de la pitillera, del encendedor, del bolso, de sus ropas.

¿Qué le había sucedido?

Al cabo de unos segundos, se fijó en la vela que ardía, hundida en parte en el suelo arenoso del lugar en que se hallaba. No duraría ya mucho, pensó; una hora como máximo. ¿Y después?

Haciendo un esfuerzo, se puso en pie. Volvió la cabeza un poco y entonces vio algo que le hizo lanzar un estridente alarido.

Durante unos instantes, contempló el cadáver que aparecía al otro lado, en posición sentada y con la espalda apoyada contra la pared de roca. Debía de ser una mujer, a juzgar por la larga y raída cabellera, que caía a ambos lados de su parcialmente mondo cráneo, de cuyas descarnadas mejillas colgaban todavía jirones de piel podrida, lo mismo que los ropajes que envolvían un esqueleto no completamente al descubierto.

Aquel cadáver no se había corrompido del todo, pero a Ruth West no se le

alcanzaban los motivos por los que estaba allí ni qué hacía en un lugar tan tétrico. Apenas divisó la horripilante visión, sintió que todo daba vueltas a su alrededor y se desplomó al suelo.

Recobró el conocimiento más tarde, sintiendo mucho frío. La humedad calaba hasta sus huesos. Al abrir los ojos, apareció, aterrada, la disminución de la longitud de la vela.

La llama estaba casi a ras del suelo. Como alucinada. Ruth se arrastró y asió el cabo de vela con dos dedos, quemándose casi. Al sacarlo, vio que apenas si quedaban un par de centímetros de cera.

Un súbito desfallecimiento psíquico la hizo quedar en el mismo sitio, medio tendida, con la vista hipnóticamente lija en la llama, rogando para que no se apagara nunca, pero, al mismo tiempo, sabiendo que pedía un imposible.

Al fin, el último trozo de cera se fundió y lo que quedaba del pábilo se inclinó a un lado, chisporroteando tenuemente. Hubo un diminuto fogonazo y luego se hizo la oscuridad total, absoluta, definitiva.

Entonces, Ruth West, empezó a gritar, gritar, gritar

Pero nadie la oía.

* * *

Terminó de afeitarse y se aplicó unas gotas de loción en la cara. Luego miró hacia la ventana. Sintióse satisfecho. Ya llegaba el buen tiempo. Aún no se había acabado marzo y todavía vendrían días desapacibles, pero el sutil cambio en el ambiente empezaba a notarse ya.

Una semana más tarde, se abriría la exposición de sus cuadros. Ya tenía todo terminado y ahora Ashlett se dedicaba a gozar de un más que merecido descanso. Confiaba en el éxito. También pensaba en el fracaso. Si se producía la segunda eventualidad, no sabría qué hacer.

Pero se sentía moderadamente optimista. Salió del baño, situado, con el dormitorio, en la planta alta del dúplex en que tenía su estudio. La cocina se hallaba en la planta inferior. Una mujer solía ir un par de veces por semana, pero aquel día no le correspondía y Ashlett se encontraba solo en el apartamento.

Alegremente, guiñó un ojo a los cuadros esparcidos por el amplio estudio. Fue a la cocina y se preparó un sustancioso desayuno Mientras alelaba de su estómago los síntomas del hambre, se preguntó qué podría hacer aquel día para distraerse. ¿Llamaría a la voluptuosa Lois Shutton?

Ya no había vuelto a tener contactos con la divorciada, y no lo lamentaba, porque, en los últimos tiempos, había llegado a sospechar que ella quería reincidir en el matrimonio. Esto era algo que a él no le agradaba por el momento. Todavía era joven. .

La campanilla de llamada cortó en seco sus elucubraciones. Se levantó de la mesa, limpióse los labios y salió de la cocina. Momentos después, al abrir, recibía una fuerte sorpresa.

—¡Señor Mawton!

El visitante sonreía.

—¿Cómo se encuentra. Ashlett? ¿Le sorprende mi presencia aquí?

—Un poco, a decir verdad. O un mucho, porque es usted la última persona en la que pensaba al oír el timbre de la puerta. No le molestará, supongo.

—Al contrario, es lo más lógico...

—Perdón —dijo el joven, echándose a un lado—. Todavía no le he invitado a pasar, señor Mawton. ¿Le apetece una taza de café? Terminaba de desayunar cuando usted llamó.

—No, muchas gracias. Simplemente he venido a visitarle por...

Mawton se interrumpió un instante. Paseó la vista por el estudio y luego se volvió hacia el artista.

—Tiene usted un cuadro que me interesa muchísimo —dijo.

—¿De veras? —Sonrió Ashlett—. ¿Uno en particular?

—Sí, el que representa la tumba de Constance Beggar.

Ashlett se puso serio en el acto.

—Imagino que el señor Kitterson ha hablado con usted —dijo.

—¿Kitterson? Oh, no, en absoluto. Le conozco, aunque no se puede decir que seamos grandes amigos. Nuestras relaciones se limitan a un simple saludo cuando nos cruzamos por la calle. Pero no bebemos juntos, puedo asegurárselo.

—Entonces... —dijo Ashlett, desconcertado—, ¿cómo sabe...?

—Pude darme cuenta de la impresión que le había causado la tumba de la infortunada lady Constance. Usted mismo me dijo que había hecho en aquel lugar varias sesiones de apuntes, con destino a un cuadro que pensaba pintar. Por eso, suponiéndome que ya lo tiene terminado, he venido a comprar la pintura.

—Creo que no voy a poder complacerle salvo en una cosa, amigo Mawton. —Ashlett caminó unos cuantos pasos y quitó el lienzo que cubría la tela situada sobre un caballete—. Contémplelo todo el tiempo que quiera— agregó —. Puede quedarse aquí, si quiere, hasta mañana por la mañana, en que vendrán a llevárselo para ponerle marco y situarlo en su sitio, en la galería de arte.

Mawton se encaró con el joven. Sus ojos, apreció Ashlett, brillaban de un modo especial.

—¿Cuánto pide por la tela? —exclamó.

—Debería haber hablado con Kitterson. Si le interesa tanto, vaya el día uno a la Biddle & Cread Gallery. Allí estará expuesto y podrá comprarlo.

—No, aquí y ahora mismo...

—Lo siento. Tengo un compromiso moral con esa galería y no lo rompería por nada del mundo.

—Pensaba ofrecerle dos mil libras, Ashlett.

—Muy bien. Vaya a ver a los señores Biddle y Cread, y dígaselo. Por mi, encantado, pero no se podrá llevar el cuadro sino hasta después de que la

exposición haya sido clausurada.

—Yo querría ahora...

—Repito que lo siento —atajó Ashlett con voz firme.

Mawton intentó componer una sonrisa de circunstancias.

—En tal caso, iré ahora mismo a hablar con los señores... ¿cómo ha dicho que se llaman los propietarios de esa galería de arte?

—Le daré una tarjeta —contestó el joven.

Mawton se marchó minutos después, tras hacer grandes elogios de las pinturas realizadas por Ashlett. El artista se quedó perplejo y satisfecho a la vez. Si vendía el cuadro de la tumba por dos mil libras, y tenía aún veintitrés telas más, aunque la media de cada una fuesen mil quinientas libras...

—El arte no se mide en dinero —se apostrofó a sí mismo.

Pero aquel dinero le daría independencia, porque no sólo se resarciría de los gastos del invierno —todo habían sido extracciones bancarias sin ningún ingreso—, sino que le permitiría otra temporada de libertad para encontrar nuevos temas para su siguiente exposición. Además, adquiriría fama y...

El teléfono sonó de pronto, interrumpiendo con estridencia sus rosados pensamientos.

Levantó el auricular:

—Ashlett —dijo.

—¡Rick! —sonó una voz femenina—. ¿No me conoce? ¡Soy Constance! He vuelto a Londres...

—¡Constance, qué alegría! —exclamó él. Casi había llegado a olvidar a la hermosa dueña de Manstoke Hall, pero ahora, bruscamente, volvía a evocar las dulces facciones de la muchacha y se sentía poseído por un singular júbilo —. Dígame dónde está, por favor; iré a visitarla inmediatamente.

—Oh, no, en absoluto —contradijo ella—. Soy yo la que debe visitarle, precisamente porque quiero saber qué ha hecho durante el invierno. Es decir, deseo ver sus cuadros, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, al contrario. ¿Cuánto tardará, Constance?

—Verá, tengo concertada una entrevista con mi banquero... Todavía he de arreglarme... ¿Le parece bien la una de la tarde?

—Magnífico. Aquí estaré, aguardándola.

—Entonces hasta luego, Rick.

Frotándose las manos de gusto, Ashlett empezó a pensar qué podía hacer para festejar a la muchacha. Se le ocurrió ir al frigorífico y torció el gesto al observar la escasez de víveres.

—Y no tengo una mala botella de champaña —se lamentó.

Miró el reloj. Eran las diez y cuarto. Tenía bastante más de dos horas para preparar algo. No lejos de casa había un supermercado y...

Como empezaba a llover, se puso el impermeable. Silbando alegremente, salió de casa, contento como nunca lo había estado hasta aquellos momentos.

CAPITULO VI

Ashlett cruzó el estudio a la carrera apenas oyó la campanilla de llamada. Después de abrir, contempló fijamente a la visitante.

—Constance...

Ella sonreía hechiceramente, debajo de la amarilla capucha del impermeable.

—Rick... Hace un día de perros...

Ashlett se echó a reír.

—Parece que vuelve el frío —convino—. Deje que la ayude a quitarse el chubasquero. Aquí, en casa, hay elementos suficientes para hacerla entrar en calor; desde la calefacción a unos sabrosos bocadillos que he preparado por si quiere almorzar, o café... ¿Prefiere el champaña?

—Me contentaré con un bocadillo y una taza de café —dijo Constance mientras él colgaba el impermeable en un perchero—. ¿Cómo ha pasado el invierno, Rick?

—Peor que usted. Imagino que habrá disfrutado de lo lindo en las Bahamas, ¿no?

—Ha sido una temporada muy agradable, en efecto. Pero, muchas veces, echaba de menos el país.

—No me diga... Estos inviernos fríos, húmedos, con unas nevadas impresionantes... Si me permite unos instantes, iré a la cocina y...

Constance levantó una mano.

—Espere. Rick; hay tiempo —dijo—. Antes quiero que me enseñe sus cuadros.

—No faltaría más —accedió él.

La pintura de la tumba seguía en el caballete, cubierta por un lienzo. Ashlett decidió dejarla para el último lugar. Estimaba que era el mejor de sus cuadros y quería gozarse con la expresión de Constance cuando lo contemplase.

Durante unos minutos, Ashlett enseñó sus obras a la hermosa visitante. Constance dijo que todas le gustaban mucho y que desearía ser millonaria para poder comprarle todo el lote. A Ashlett le extrañó un tanto aquella manifestación; estimaba que la muchacha poseía una saneada fortuna y pensó que, de quererlo verdaderamente, podría adquirir todas las telas. Pero no quiso hacer ningún comentarlo al respecto, aunque, en aquel preciso instante, se acordó de dos posibles compradores.

—¿Sabe?, su administrador .estuvo hoy a verme —dijo de pronto.

Constance se volvió, sorprendida.

—¿Mawton?

—Sí. Quería comprarme un cuadro... Tuve que decirle que era algo imposible. Se marchó apenas un minuto antes de que usted me llamase.

—Es raro —murmuró ella—. Nunca sospeché que el señor Mawton fuese

tan aficionado al arte como para comprar un cuadro, que no será precisamente barato, me imagino.

—Llegó a ofrecerme dos mil libras, exactamente el doble que el otro comprador, quien vino a verme hace varias semanas. Se llama Kitterson y es de Paddock. ¿Lo conoce usted?

La sorpresa de Constance se hizo todavía mayor.

—¿Kitterson? —repitió—. Es extraño. Por lo que yo sé, aparte de estar medio o casi arruinado, toda su afición al arte está dirigida a la adquisición de cierta clase de revistas... que no tienen precisamente nada de artísticas, y usted ya entiende lo que quiero decir.

—La entiendo, en efecto —convino Ashlett—. Pero lo cierto es que Kitterson me ofreció mil libras.

—¿Qué cuadro querían comprar esos dos hombres? ¿Es alguno de los que he visto?

—No. Modestia aparte, lo estimo como el mejor de todos. Pero, venga, por favor, y lo verá...

Ashlett asió a la muchacha por un brazo y la condujo hasta situarla a unos cinco metros del caballete. Luego se situó a un lado, agarró una punta del lienzo y sonrió.

—Prepárese —dijo.

Tiró de la tela de cubierta y, al mismo tiempo, Constance lanzó un chillido.

—¡Rick! ¿Qué ha pasado ahí?

Ashlett frunció el ceño. Estaba casi detrás del caballete, por lo que no podía ver la tela. Dio un paso lateral, alargó el torso y entonces, con ojos desorbitados, contempló el destrozo que una bárbara cuchilla había ejecutado en la pintura.

* * *

Parecía como si un demente hubiese atacado el cuadro con un cuchillo, considerándolo como el peor de sus enemigos. Había cortes por todas partes, de tal modo que la restauración del cuadro era algo en lo que no cabía pensar siquiera.

—Dios mío —murmuró Constance.

Era la primera en hablar, Ashlett, anonadado, parecía haber perdido el uso de la palabra.

—Pero ¿qué ha pasado ahí, Rick? —volvió a decir Constance.

Ashlett se tapó la cara con las manos durante unos momentos.

—El cuadro estaba intacto a las diez de la mañana. Incluso a las diez y cuarto, que fue cuando me llamó usted —dijo, a través de los dedos—. Yo lo tapé, después de que Mawton lo vio, y como estimaba que era la mejor de mis telas, la dejé para lo último.

—Parece ser. Esa era la tumba de Constance.

—Sí.

Ashlett inspiró profundamente.

—Soy un hombre pacífico —dijo—, pero si un día me echo a la cara a su administrador, le partiré la boca con mucho gusto.

—¿Cree que ha sido Mawton, despechado por su negativa?

—¿Quién si no, Constance?

—Pero ¿no estaba usted en casa...?

—No. Tuve que salir al supermercado. He estado ausente más de una hora. Mawton debió ver que me marchaba y entonces vino...

—¿Sin llave?

Ashlett procuró recordar.

—Sin llave. No le hacía falta —dijo amargamente—. Constance, me puse muy contento al saber que venía a verme. Salí de casa disparado, sin pensar en otra cosa más que en usted, en comprar algo para obsequiarla y... Bueno, a Mawton no le resultó difícil entrar en el estudio.

—Y tuvo que destrozar precisamente esa tela, la mejor—murmuró la joven —. Le ha dado infinidad de cuchilladas, salta a la vista; pero si pega la tela por detrás, se podrá reconstruir lo suficiente para poder tomarlo como modelo de una copia. Claro que no podría exponer el cuadro ya en la próxima ocasión.

Ashlett se acercó al cuadro y tocó con los dedos aquellos jirones de tela pintada, en los que ya no se podía reconocer el tema que tanto le había agradado. Casi sentía ganas de echarse a llorar. ¡Había puesto en el cuadro todos sus afanes y un desalmado lo había destruido en unos segundos!

De repente notó algo extraño.

—Constance, aquí falta un trozo de tela —exclamó.

Ella se acercó al caballete.

—¿Seguro, Rick?

En lugar de contestar, Ashlett agarró el cuadro y lo situó sobre el pavimento. Luego, con la mano, alisó las tiras de lienzo, procurando situarlas de tal modo que coincidiesen en la posición original. De este modo, pudieron ver ambos la falta de un trozo de lienzo de, aproximadamente, un pie cuadrado de superficie.

Todavía arrodillado en el suelo, Ashlett trató de reflexionar sobre el caso.

—Parece obra de un maniático —comentó—. Constance, ¿sabe qué es lo que falta en el cuadro?

—Casi me lo imagino... Pero dígamelo usted, por favor.

—Falta el trozo correspondiente a la lápida que cierra la sepultura de Constance Beggar.

—Sí, es cierto, ahora lo veo claro —concordó la muchacha —, pero no le costará demasiado hacer una copia. Tiene elementos de sobra para reproducir el cuadro... Oiga, si le parece, podemos hacer una cosa. Yo iré a Manstoke Hall dentro de un par de semanas. Puedo tomar unas cuantas fotografías y se las enviaré con mucho gusto.

—Se lo agradezco, pero creo que no será necesario. A fin de cuentas, conservo los apuntes que tomé durante mi estancia en Paddock.

De repente, sin saber por qué, Ashlett se sintió acometido por un extraño presentimiento. Corrió a una estantería, donde tenía materiales para pintar entre otras cosas, y buscó frenéticamente, hasta dar con el cuaderno de apuntes.

Constance se le acercó y miró por encima de su hombro. Unos segundos más tarde, Ashlett, tremendamente desconcertado, exclamó:

—¡No están! ¡Faltan todos los apuntes que tomé de la tumba!

Permaneció inmóvil durante unos instantes y luego, resuelto, se encaminó hacia el teléfono.

—Seguramente no conseguiré nada, pero al menos Mawton sabrá que no pienso estarme quieto —dijo ceñudamente.

—¿Va a llamar a la policía, Rick? —supuso Constance.

—Sí, justamente es lo que voy a hacer —contestó el joven.

* * *

A Ashlett no se le había pasado aún el disgusto al sentarse frente a Constance en aquel elegante pero discreto restaurante, la misma noche del suceso. Ella intentó darle ánimos, diciéndole que, aparte de joven y emprendedor, como había podido apreciar, era lo suficientemente artista como para no dejarse afectar por la acción de un vándalo. Ashlett, sin embargo, no estaba totalmente de acuerdo con la muchacha.

—¿Va a decirme que se siente desfondado por la salvajada que haya podido cometer mi administrador? ¿No va a ser capaz de remontar este bache, Rick?

—Claro que sí —contestó él de mala gana—. Pero es que aún no se me ha pasado el disgusto... Además, ¿por qué tuvo que llevarse el trozo de tela en que estaba reproducida la losa sepulcral?

Constance también sentía cierta perplejidad por el hecho.

—Quizá es un poco fetichista... suponiendo que lo haya hecho él —dijo.

—Para mí, no ha podido ser otro, Constance.

—No hay pruebas, Rick. Usted lo sospecha, simplemente, y ello se debe a que estima que Mawton se marchó despechado por su negativa.

—¿Puede ser de otro modo?

—No sé qué decirle —respondió Constance—. Por un lado, me siento inclinada a creerle. Por otro, me parece imposible que Mawton, un hombre correcto, educado, culto y discreto, haya sido capaz de semejante barbaridad.

—Dígame una cosa —pidió Ashlett—. ¿Cree usted u Mawton capaz de gastarse dos mil libras en un cuadro?

Constance vaciló.

—Me siento perpleja. Puede que tuviera ese capricho... A decir verdad, no le conozco a fondo. Realmente, es un administrador nombrado por mi padre. Siempre le he tenido por buena persona pero, claro, nuestras relaciones han sido siempre... profesionales.

—Yo pensé que era usted misma la que había nombrado administrador a Mawton —se sorprendió el joven.

—Oh, no, fue cosa de mi padre, repito. Es diplomático, ¿sabe?, y está destinado en el Extremo Oriente. Mi madre le acompaña siempre y yo, como no me gustan demasiado aquellas regiones, preferí quedarme en Inglaterra. Aunque pasamos juntos las vacaciones de Navidad, ya que ellos también fueron a las Bahamas.

—Ya entiendo. —Ashlett se rascó la mejilla un instante—. Constance, estaba pensando de nuevo en el trozo de tela que se llevó el acuchillador.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Se me ocurre una idea... ¿Acaso reproduje algo inconveniente?

—¿Cómo? Oh, pero... ¡si allí no hay nada de particular! —Constance saltó en su asiento—. ¿Acaso piensa que, sin querer, reprodujo un detalle secreto de la sepultura?

—No lo sé. Tendría que ir allí nuevamente y examinar el lugar con todo detenimiento. Pero por ahora me es imposible. No puedo abandonar Londres hasta que i se haya clausurado la exposición.

—Yo iré antes a Manstoke Hall. En cuanto vea un rato de buen tiempo, me acercaré a la tumba. Ya le diré si encuentro algo extraño.

—Cuidado con los fantasmas de los mastines —advirtió Ashlett, sonriendo.

—Sólo atacan a los que tratan de violar la tumba, y yo no pienso hacer una cosa semejante —contestó ella, muy seria.

—Entonces, cree en la leyenda

—Symon Norris murió con la garganta destrozada por los colmillos...

—De algún lobo, de un perro asilvestrado, de un ser de carne y hueso, en fin, pero no eran colmillos de fantasma.

—No se ha sabido nada más sobre el particular, ¿verdad?

—Al menos, yo no he vuelto a tener noticias sobre el caso. Constance, ¿irá a la exposición de mis telas?

—No me lo perdería por nada del mundo, Rick —contestó ella, con los ojos muy brillantes.

Ashlett miró a la muchacha. Sí, era toda una belleza. Pero en aquella hermosa mujer había algo más que físico. Constance tenía todas las cualidades para hacer feliz a un hombre.

Algún día, pensó, podría expresarle sus sentimientos con absoluta sinceridad. Pero no quería decir nada por el momento; antes de dar un paso semejante deseaba poder ofrecer a Constance algo más que un apellido.

«La fama... y un poco de dinero, que nunca viene mal», pensó.

CAPITULO VII

Tres semanas después, Ashlett recibió una llamada telefónica y le pareció mal no acudir a la cita. Por tanto, aquella misma tarde, Lois Shutton le recibió en su apartamento, con la mejor de sus sonrisas, una copa en las manos... y un desconocido en la casa.

—Lamento haberte hecho venir —dijo la joven—. Pero aquí, mi amigo Eddie Bartle deseaba hablar contigo y no quería hacerlo en público. Espero que seas comprensivo y le atiendas, Rick.

El hombre se puso en pie. Era joven, unos treinta y cinco años, y de aspecto agradable, aunque con cierta expresión en su rostro que no agradó demasiado al artista. Bartle alargó su mano.

—Lois me ha hablado mucho de usted, señor Ashlett —dijo—. Los dos hemos comentado el éxito de su exposición de cuadros. Incluso yo mismo visité la galería un día. Me gustaron mucho, palabra.

—Gracias, señor Bartle...

—Por favor, llámeme Eddie —sonrió el sujeto—. Verá, estoy haciendo ciertas investigaciones. Pero no soy un «poli», ¿eh? Simplemente...

—Rick, para decirlo de una vez, Eddie echa de menos a su amiguita. El nombre es Ruth West y hace algunas semanas que no tiene noticias de ella. Eddie sabe que Ruth hizo un viaje a Paddock, y cuando comentamos tus cuadros, todos ellos con paisajes de aquella comarca, me dijo que le gustaría hablar contigo —intervino Lois—. Conoces un poco la comarca.

—¿Acaso quiere contratarme como guía turístico? —dijo Ashlett en son de broma.

—No, no es eso, señor Ashlett —manifestó Bartle—. Se trata... bien, para decirlo con pocas palabras, temo lo peor para Ruth.

—¿Cómo? ¿Un crimen? —respingó el joven.

—No nos extrañaría en absoluto. Rick —dijo Lois.

—Bueno, en tal caso, es asunto de la policía...

—Por el momento no queremos que la cosa se divulgue —habló Bartle—. Preferimos hacer las cosas discretamente.

—Bien, de acuerdo, si no tienen pruebas medianamente sólidas en que apoyar sus suposiciones, lo mejor es no correr riesgos de un fracaso —convino Ashlett—. Pero en algo tienen que basarse para sospechar lo peor, me parece.

—En efecto —admitió Bartle—, Sé que Ruth sacó todo el dinero que tenía en el banco, algo más de cuatro mil libras, que se llevó consigo. Aparte de eso, tenía algunas joyas de cierto valor, uno pitillera, un encendedor de oro., y un buen reloj.

—Son alicientes para un ladrón, desde luego. Pero...

—Dijo que estaría fuera una semana. No es lógico marcharse para una ausencia de tan poco tiempo y llevar encima una suma enorme. Con

doscientas libras, y aún exagero, habría tenido bastante, máxime si se piensa que iba con «gastos pagados».

—Eso significa que iba a encontrarse con alguien en Paddock.

—Si —confirmó Bartle.

—¿Con quién?

Bartle enseñó las vacías palmas de sus manos.

—Lo ignoro —respondió.

—Era su…, amiga y no sabe adónde...

—A veces, Ruth era muy reservada, Rick —terció Lois.

—Entonces, no tiene idea de quién era la persona en cuya casa iba a alojarse.

—No, señor.

—¿Tenía coche propio?

—No. Tuvo que viajar en tren hasta Easton Mill, la estación de ferrocarril más próxima a Paddock, a unas doce millas. Allí, seguramente, tomaría un taxi

—Y no puede decirme nada más.

—Es todo lo que sé, señor Ashlett —declaró Bartle.

—¿Qué opinas tú, Lois? —consultó el joven.

—Le creo —respondió la aludida.

—¿Por qué?

—El primer día que nos conocimos, te hablé de Eileen Fogarty, por medio de la cual había oído hablar de Manstoke Hall. ¿Lo recuerdas?

—Sí, perfectamente. Eileen estuvo allí...

—Regresó, se marchó de nuevo a Paddock... y no hemos vuelto a tener noticias suyas.

Ashlett frunció el ceño. Bartle intervino:

—He investigado —dijo—. También Eileen recogió todo su dinero y algunas joyas. Cuando se fue a Paddock la última vez, llevaba encima cinco mil seiscientas libras, chelín más o menos.

—Diríase que alguien asesina a mujeres Jóvenes y con cierta fortuna —comentó Ashlett.

—Yo estoy convencida de que es así, Rick —dijo Lois—. Pero no tenemos el menor indicio que nos permita aportar una prueba mínima.

—¿Y...?

—Tú irás pronto allí. ¿Por qué no investigas, discretamente, claro?

—¿Cómo sabes que iré pronto a Paddock?

Lois sonrió maliciosamente.

—Te vi en la exposición con Constance Beggar —respondió—. Oí comentarios acerca de vuestras relaciones. Ella acudía todos los días a la exposición y compró uno de tus cuadros, precisamente aquel en el que figura su casa. Pero tú hablaste con los dueños de la galería de arte para que se lo entregasen sin cobrarle un penique, como un obsequio tuyo.

—Y también sabemos que un maniático destrozó el mejor de sus cuadros

—añadió Bartle.

—Me siento maravillado. Ustedes conocen mi vida y milagros...

Lois se echó a reír.

—El conserje de la galería es antiguo conocido nuestro. En tiempos, teníamos mucha relación, él, Eddie, yo y algunos más. Luego, el grupo se deshizo y cada uno tiró por su lado. El conserje tiene un tobillo lisiado y estimó que era un buen empleo.

Ashlett pensó que en tiempos, aquel grupo no había sido sino una banda de maleantes, pero él no estaba allí para moralizar, sino con un fin más concreto.

—No puedo prometer nada, excepto hacer lo que pueda —declaró sinceramente.

—Será suficiente —dijo Lois.

Bartle sacó un fajo de billetes y separó unos cuantos.

—No quiero que gaste su dinero, señor Ashlett... Por favor —insistió al ver la repugnancia del joven a aceptar su decisión—, tome estas cien libras. Quizá tenga que «untar» a alguien y si admito que iba a gastarse la gasolina porque ya tenía planeado el viaje, otros gastos, en cambio, no deben salir de su bolsillo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió el joven.

Bartle se marchó casi de inmediato. Entonces, Lois miró a Ashlett y le guiñó un ojo.

—Al fin solos —exclamó alegremente.

Ashlett vaciló un segundo. Luego, decidiéndose, puso ambas manos en la cintura de la mujer.

—Solos —dijo, a la vez que se inclinaba para buscar sus labios.

Más tarde, en la penumbra del dormitorio, Lois apoyó la cabeza en el hombro de su acompañante y murmuró:

—Pronto saldrás de mi vida, Rick. Te recordaré con mucho agrado, pero no puedo reprochártelo. Constance tiene todo lo que a mí me falta...

—¿De veras, Lois?

—Tiene juventud, belleza, clase... —suspiró hondamente—. No es que yo sea una vieja, ni mucho menos; aún no he cumplido los treinta años Pero tú mismo, imparcialmente, y aunque no me lo digas, sabes muy bien que no hay punto de comparación entre ambas.

—Lois...

—No, no digas nodo; lo vida es así y de nado sirve rebelarse.

De pronto, Lois encendió la luz, se sentó en la cama y buscó cigarrillos. Pasó uno encendido a Ashlett y encendió el suyo.

—Eres hermosa —sonrió él, al contemplar el atractivo torso de la joven, totalmente al descubierto.

—De eso no puedo quejarme —respondió Lois—. Pero también Eileen y Ruth eran muy guapas...—se puso seria—. ¿Qué habrá sido de esas pobres chicas?

—Haré lo que pueda, aunque me parece que Eddie es mucho más listo que

yo.

—Pero no conoce Paddock ni sus alrededores.

—¿Qué es Eddie? ¿A qué se dedica?

Lois sonrió indefinidamente.

—Tiene negocios —contestó, evasiva. Dejó el cigarrillo a un lado y se inclinó hacia adelante, de modo que sus hermosos pechos, balanceándose pesadamente, rozaran el rostro de Ashlett—. ¿Te preocupa mucho la profesión de Eddie, cariño?

Ashlett mordisqueó suavemente un atractivo botón de color rosa.

—No, no me preocupa en absoluto —dijo.

* * *

El hombre se detuvo al pie de un árbol de grueso tronco, dejó en el suelo la pesada maleta que había llevado consigo y, sacando un pañuelo, se enjugó el abundante sudor que corría por su frente. Luego miró a derecha e izquierda, maldiciendo entre dientes la orden que había recibido para llevar allí la maleta.

Tom McCalder se hizo el propósito de aguardar media hora como máximo en aquel lugar. Estaba ya anocheciendo y cuando sobreviniese la oscuridad, la estancia no tendría nada de agradable. Quizá había fieras lobos, jabalíes... McCalder era hombre de ciudad y se sentía perdido encima de una tierra con césped, aunque no midiese más que un par de metros cuadrados.

Casi de repente, un hombre se hizo visible.

—Hola —dijo el sujeto.

McCalder respingó.

—Diablos, me ha asustado

El otro se echó a reír.

—He venido sin hacer ruido —dijo—. Como debe ser en una operación de esta clase.

—Sí, claro. —El pie de McCalder tocó la maleta— Aquí está. Tengo entendido que me va a esconder durante una temporada...

—Sí, justamente Sígame, por favor.

McCalder agarró la maleta y echó a andar. Minutos más tarde, se detenía ante lo que parecía la boca de un túnel oscuro y maloliente.

—¿Ahí? —gruñó.

—Sí. ¿Tiene cerillas?

—Por supuesto... Pero eso apesta...

—Sí prefiere, le hospedaré en el Ritz —dijo el otro sarcástico.

De repente, McCalder sintió un terrible empellón que lo lanzó a unos metros de distancia. Tropezó en el suelo, cayó de bruces, juró, blasfemó y se debatió furiosamente, hasta que, al fin, consiguió sentarse.

Estaba en un ambiente completamente oscuro, donde las tinieblas podían tocarse con la mano. Esforzándose por iluminar su cólera, buscó los fósforos y

encendió uno.

Entonces supo por qué aquel lugar olía tan mal.

Los cabellos se le pusieron de punta. Se levantó de un salto y corrió en busca de la salida.

Pero no había puerta.

Encendió otro fósforo, buscando alguna lámpara, algún cabo de vela...

Cuando se le apagó aquel fósforo, volvió a encender otro... y otro y otro... No, no había lámparas, ni cabos de vela...

Ni tampoco había agua ni comida.

Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, McCalder se quedó sin fósforos.

CAPÍTULO VIII

Nora Fox recibió jubilosamente al forastero y, con gesto efusivo, le tendió sus regordetas manos.

—Cuánto me alegro de verle, señor Ashlett —dijo—. Ya nos enteramos del éxito de su exposición. Hicimos que nos enviasen periódicos y revistas... Le felicito sinceramente.

—Gracias, Nora —contestó el joven—. Hubo un poco de suerte.

—Arte, sobre todo, arte —exclamó la dueña del albergue—. ¿Le apetece una cerveza?

—Será un placer.

Nora puso la jarra bajo el grifo del dorado líquido.

—Le diré una cosa: desde que expuso sus cuadros, han sido muchas las personas que han venido de excursión por la comarca. El alcalde dice que los fines de semana hay un veintiocho por ciento más de turistas que en las anteriores temporadas. Y debe ser verdad, porque yo lo noto en el negocio.

—En tal caso, no hay más remedio que darle la enhorabuena, Nora. Celebro mucho su prosperidad...

—Se la debe a usted, como muchos de nosotros —sonó de pronto una voz masculina.

Ashlett se volvió.

—Hola, señor Kitterson —saludó cortésmente.

Kitterson le tendió la mano.

—Felicidades, artista —dijo—. ¿Mucho tiempo por Paddock?

—No tengo planes fijos —contestó Ashlett—. En gran parte, depende del tiempo. Hoy hace buen día, pero el barómetro no está seguro.

—En todo caso, celebramos tener aquí a un hombre de su clase —sonrió Kitterson—. Nora, póngame cerveza, por favor. Ashlett, me permitirá que le invite.

Siempre que acepte usted la próxima ronda por cuenta mía.

Por supuesto; no todos los días se puede decir uno que ha estado tomando cerveza con un hombre famoso.

No lo crea, Kitterson; la fama, además de relativa, es breve. MI exposición ha hecho ahora un poco de ruido, pero se apagará muy pronto.

Me niego a pensar como usted. Admito que está en los principios, pero le aseguro que un día podré decir a mis nietos, cuando mencionemos su nombre: «Con ese célebre pintor he tomado cerveza yo en más de una ocasión...», porque supongo que volveremos a vernos.

—Claro, hombre —sonrió el joven, al que le hacía mucha gracia la divertida predicción de su interlocutor.

—Así será, se lo aseguro —dijo Kitterson con rotundo acento.

—Cuando se case, podrá hablar de nietos —intervino Nora inesperadamente.

—Ah, es soltero —exclamó Ashlett.

—Pero ¿tan viejo me encuentran como para no encontrar esposa algún día? —exclamó Kitterson riendo.

Ashlett rió también, tomó un par de buenos tragos de cerveza y luego rogó a Nora que le indicase su habitación. Estrechó la mano de Kitterson, cogió su maletín y echó a andar detrás de la dueña del albergue.

Poco más tarde, tras un somero aseo, consultó el reloj. Sí, tenía aún tiempo de ir a Manstoke Hall.

A Manstoke Hall se podía llegar por dos rutas: a campo través como lo había hecho él en las ocasiones anteriores, o por un camino secundario, del que desviaba un pequeño ramal que conducía a la mansión. Puesto que había hecho el viaje desde Londres en su coche. Ashlett eligió esto último medio para alcanzar la residencia de Constance.

* * *

Apenas puso el pie en tierra, oyó los alegres ladridos de un can que corría saltando hacia él. Constance apareció a lo lejos, agradablemente sorprendida por una visita totalmente inesperada. Ashlett hizo unas cuantas caricias a «Toppy» y luego tendió sus manos hacia la muchacha.

—Es la visión más reconfortante de mi vida —dijo.

Constance se ruborizó.

—¿Habla siempre como un artista?

—Los artistas son seres humanos. Por tanto, pueden decir mentiras y verdades. En este caso, al menos, yo he elegido la verdad.

—Gracias, Rick. ¿Le parece bien que entremos en casa? Tomaremos té y... Por cierto, ¿ha sabido algo más del cuadro destrozado?

—No, nada en absoluto. Todo sigue igual como al principio, al menos en este aspecto.

—No entiendo. .

—Se lo contaré en seguida, Constance.

Ella le condujo a la sala donde habitualmente solían comer. Una vez allí, le enseñó un determinado trozo de pared.

—Rick, ¿qué ve usted ahí? —exclamó.

—Bueno, una mancha más clara en el tapizado... Ahí había un cuadro, ¿no es cierto?

—Sí. Fue a Londres y está allí, pero pronto volverá a Manstoke Hall. ¿Ya no se acuerda de mí Turner?

—Turner —repitió él—. De modo que ha resultado auténtico.

—Ayer me telegrafiaron el informe de los expertos. Yo le envié un cable a papá para enterarle de la buena noticia. ¿No es para sentirse muy contento, Rick?

—Ya lo creo —contestó él—. Y eso me hace sentir mucha envidia...

—No diga cosas raras. Algún día usted será tan bueno como Turner.

—Admiro su optimismo. Constance —sonrió el Joven—. Yo no veo mi futuro tan claro pero, naturalmente, no puedo dejar de agradecer tan buenas intenciones. Al menos, resulta agradable oír cosas semejantes.

—Confío en que así sucederá —dijo la joven—. Pero creo que antes mencionó ciertos sucesos relacionados con el cuadro destrozado.

—Sí... mejor dicho, yo pienso que no tienen ninguna relación... Una cosa es segura: el autor del destrozo se llevó un determinado fragmento, además de robarme también todos los apuntes que había tomado de la tumba de lady Constance. Para mí, esa acción, situada en el contexto general de su salvaje ataque, sólo tiene dos motivos: uno, algo así como una especie de fetichismo hacia la tumba, querer conservar solamente lo que es la imagen de la losa sepulcral, ¿me va entendiendo?

—En efecto. Un enamorado del paraje, pero, sin embargo, falto del resto del cuadro, aquel trozo no tiene valor alguno. Yo me hubiera explicado mejor su acción si se hubiese llevado la tela íntegra.

—Por eso puede existir un segundo motivo. Constance.

—¿Cuál, Rick?

—Algo *non sancto*, algo que no quiere que se vea, algo que yo copié, en fin, sin darme cuenta. No sé qué puede ser, pero es la única hipótesis que se me ocurre.

—Si fuese así, ¿no le parece que sería conveniente visitar la tumba de lady Constance?

—En efecto, aunque no hoy ya, que es un poco tarde. ¿Le parece que venga mañana por la mañana? Traeré mi cámara fotográfica...

—Será un placer. Rick. Pero aún no me ha contado todo, creo.

—Sí, es cierto.

Unos minutos más tarde, Constance, atónita, se enteraba de la desaparición de dos mujeres, de las que sólo se sabía habían viajado a Paddock, sin que posteriormente se hubiera vuelto a tener noticias suyas.

—Aquí no hemos sabido nada ni yo he oído comentar cosas extrañas en el pueblo. Voy en alguna ocasión, cuando he de renovar provisiones por ejemplo, y conozco a mucha gente, y me tienen bastante simpatía, por lo que me extraña que nadie haya mencionado a esas dos pobres mujeres. ¿Sospecha que pudieron morir asesinadas?

—No puedo afirmar nada al respecto, pero, a juzgar por lo que me contaron, pocas esperanzas pueden abrigarse sobre la vida de esas infortunadas —respondió Ashlett.

Luego, el diálogo derivó hacia otros temas. El tiempo se les pasó sin que se dieran cuenta, hasta que llegó la hora de la cena. Ashlett aceptó sin vacilar la invitación que le hizo la muchacha.

Fue una velada inolvidable, que se prolongó hasta cerca de las diez de la noche. Ashlett decidió entonces que no quería ser un invitado cargante y se puso en pie.

—Vendré mañana sobre las diez —dijo.

—De acuerdo, Rick.

Ashlett acarició la cabeza del can y salió a la explanada. Subió al coche, dio el contacto, encendió las luces y, tras un saludo con la mano a la muchacha, emprendió el camino de vuelta.

Sentíase exultante. Rebosaba júbilo. Creía haber visto algo más que simpatía en los bellos ojos de Constance. Si, el futuro se presentaba prometedor. El tiempo no era ni de lejos tan bueno como en la ocasión anterior, pero al lado de una muchacha tan hermosa, hasta la peor tormenta le parecería el ambiente propio del paraíso.

Así, sumido en sus alegres pensamientos, trazando planes para el porvenir, iba rodando de regreso a Paddock cuando, de pronto, el motor, tras unas cuantas toses, Jadeos y petardeos, se paró y dejó de funcionar.

* * *

Ashlett aplicó el freno y el coche, que no marchaba a demasiada velocidad, se detuvo muy pronto. En su frente se dibujaron algunas arrugas de preocupación. Estaba a unos tres kilómetros de Paddok todavía, aunque la distancia, en lo relativo al esfuerzo físico, no le asustaba. Pero era noche cerrada y las tinieblas le rodeaban de un modo absoluto por todas partes.

Probó a dar el contacto un par de veces, pero sólo percibió el inútil esfuerzo del motor de arranque. Buscó una linterna en la guantera y salió del coche para levantar la tapa del motor. Acaso se había soltado algún cable del sistema eléctrico, y entonces, con un sencillo empalme...

De pronto, cuando apenas acababa de poner pie en el suelo, oyó un aterrador gruñido a poca distancia.

Sintió hielo en la sangre. Estaba desarmado y, aunque hubiese tenido una pistola, habría resultado inútil para defenderse de un animal que, en la noche, veía infinitamente mejor que él.

Los gruñidos se repitieron. Ashlett hizo lo único que debía hacer en semejantes circunstancias: guarecerse en el coche.

Las demás ventanillas, salvo la suya, estaban subidas. El coche era refugio suficiente para un mastín, por voluminoso que fuese. Con los nervios en tensión, esperó, oyendo los gritos y ladridos de la fiera a través de la estrecha rendija que había dejado ahora en el cristal de la portezuela.

El perro calló de pronto. Ashlett pensó que se habría marchado, mientras maldecía la inoportuna avería que le había dejado clavado en la carretera. Entonces, se le ocurrió una idea.

Aún tenía los faros encendidos. El suelo hacía una ligera pendiente, apenas perceptible. Manstoke Hall se encontraba a un nivel algo superior al de Paddock. Puso la palanca de cambios en punto neutral, soltó el freno de mano y esperó.

A los pocos segundas, el coche, por gravedad, empezó a moverse, muy lentamente al principio, de forma apenas perceptible, pero a las pocas vueltas

de las ruedas, aceleró su velocidad.

Los rugidos del can sonaron entonces a su derecha. Ahora ya no le importaba. Recordaba muy bien el camino: casi dos kilómetros de pendiente. Luego todo era llano hasta el pueblo, pero con el impulso que llevaba, casi podría llegar hasta las primeras casas. Y entonces, el can no se atrevería...

Condujo con todo cuidado para evitar salirse de la carretera. Sólo en el último tramo de la pendiente, cuando los faros le mostraron un trozo completamente recto, dejó que el coche rodase libremente hasta que la misma llanura del camino lo hizo detenerse.

La primera casa estaba a unos trescientos metros escasamente. Ashlett emitió un hondo suspiro de alivio El silencio era absoluto y ello le permitió apreciar la ausencia de los gruñidos de la fiera.

¿O habían sido más los canes?

En todo caso, poco importaba. Podía considerarse a salvo. Había unos quinientos metros hasta el albergue y no parecía probable un ataque de los canes a tan corta distancia de la población.

Alargó la mano hacia el tablero para apagar las luces, a fin de evitar más desgaste a la batería. Entonces, con enorme asombro, encontró la causa de la avería.

¡El depósito de gasolina estaba vacío!

* * *

Sonaron unos golpecitos en la puerta. Ashlett, en mangas de camisa, cruzó la estancia y abrió.

—Pase, Nora, por favor.

La señora Fox cruzó el umbral, muy intrigada por la llamada que acababa de recibir de su huésped. Habían pasado ya las once de la noche y se disponía a acostarse, cuando Ashlett le pidió que subiese a su habitación.

—¿Tiene alguna queja de mí, señor? —preguntó, aprensiva.

—Oh, por Dios, al contrario —rió Ashlett—. Tranquilícese; sí he de serle sincero, en pocos sitios me he encontrado tan a gusto como en esta casa. Pero, de todos modos, la hubiese llamado a mi cuarto para hablar a solas y siempre a esta hora o cuando no hubiese nadie en el albergue. No quiero que nadie sepa que hemos estado hablando.

—No comprendo...

—Por favor, tenga paciencia y no tema en absoluto. —Ashlett hizo un gesto con la cabeza—. Le ruego me dispense no haber acudido a cenar, pero me invitó la señorita Beggar-Brown y no pude negarme.

—Habrá cenado mucho mejor—sonrió la señora Fox.

—Si se refiere a la compañía, sí, indiscutiblemente; ahora bien, en cuanto a los guisos…

Los dos rieron simultáneamente. Luego, Ashlett se puso serio.

—Nora, usted conoce bien la población —dijo—. Se trata de algo que me

han encomendado unos amigos. Hace algún tiempo, dos mujeres jóvenes y bonitas, vinieron a Paddock y desaparecieron. No vinieron al mismo tiempo, sino que hubo un intervalo de varios meses entre cada una de ellas.

—Aquí no se han alojado, señor —contestó Nora rápidamente.

—¿Cómo puede afirmarlo?

—Hace mucho más de un año que no viene una mujer sola a mi albergue. Han venido, sí, jóvenes y guapas, pero siempre con compañía masculina. O. como en la última ocasión, un grupo de tres chicas que iban de viaje. Solas, y con meses de diferencia entre cada una, puedo jurárselo, señor Ashlett.

—Los informes que tengo no mienten al respecto —dijo él—. Pero acaso pudieron alojarse en otra parte.

—Si no lo hicieron en alguna casa particular...

—Este es el único albergue, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Qué hacían esas mujeres, señor Ashlett?

El joven sonrió.

—Bueno, eran guapas, tenían bonita figura.

—Vamos, no sea tímido; eran prostitutas.

—Pues... realmente, sí, aunque ellas dijeran que eran modelos, de todos modos, en su opinión, si vinieron a Paddock y se alojaron en alguna casa particular, ¿dónde pudieron hacerlo?

Nora pareció meditar unos instantes. Luego dijo:

—Sólo hay dos casas apropiadas para un huésped de esa clase: la de Alfred Kitterson y la de Luke Mawton.

—Mawton —se sorprendió el joven.

—Sí, ciertamente, lo mismo que Kitterson. Los dos son hombres ya maduros, aunque no viejos, y no es la primera vez que se traen una furcia a su casa. Claro que ambos viven en las afueras del pueblo y Mawton, cuando no hay nadie en Manstoke Hall, se aloja allí, pero eso no le impide traerse compañía femenina de cuando en cuando. Y Kitterson también.

—¿De qué vive Kitterson? —preguntó Ashlett.

—Pues... nadie lo sabe muy bien. Tenía unas tierras, pero las fue vendiendo... Ahora, prácticamente, sólo le queda la casa y el jardín que la rodea. En cuanto a Mawton, si no fuese por el sueldo que le dan como conservador de Manstoke Hal!, hace ya tiempo que se habría muerto de hambre.

—La apariencia de ambos es de grandes señores —comentó Ashlett.

—Oh, fachada tienen de sobra. Pero de aquí... —Nora hizo un signo muy gráfico, frotando el pulgar y el índice—. De aquí, nada, se lo aseguro.

—De todos modos, yo tampoco soy detective privado. Simplemente quise hacerles un favor a unos amigos. Cuando vuelva a Londres, les diré que no he podido conseguir nada. Por favor, Nora, sea discreta. No mencione esta conversación.

—Descuide, señor Ashlett.

La señora Fox se disponía ya a salir, cuando Ashlett pareció recordar algo.

—Nora, ¿ha visto usted a alguien manipulando en mi coche, mientras yo estaba en el cuarto?

La mujer pareció sorprenderse.

—No, señor. ¿Ha sucedido algo?

Ashlett hizo un gesto con la mano.

—No tiene importancia. Buenas noches, Nora.

—Buenas noches, señor.

CAPITULO IX

Constance se sintió muy preocupada cuando, a la mañana siguiente, Ashlett le contó lo que le había sucedido después de despedirse la víspera.

—¿Está seguro de que tenía gasolina suficiente en el depósito? —preguntó.

—Segurísimo. Andaba ya un poco corto y me detuve a unas veinticinco millas de Paddock para repostar y, de paso, estirar las piernas y tomar una taza de café. Hice que llenaran el depósito, de modo que cuando llegué a Paddock, tenía gasolina todavía para trescientas millas más.

—En tal caso, el que le vació el tanque, supo calcular bien para que se detuviese a mitad del camino de vuelta —dijo Constance.

Ashlett alargó la mano para apartar una rama que les impedía el paso.

—No sé cómo lo hizo, pero obtuvo el resultado apetecido —respondió—. Y, créame, los gruñidos de los mastines daban miedo.

—No hay mastines fieros por las inmediaciones —declaró la Joven—. La granja más próxima, en donde tienen dos perros lobos, está a seis millas, y los edificios, establos y graneros, están rodeados por una cerca. Los perros quedan sueltos por la noche, pero no se escapan del recinto. Además, esa granja está en dirección opuesta a la carretera.

—Podríamos preguntarles de todas formas, ¿no le parece?

—En todo caso, iríamos por la tarde en mi coche.

—Muy bien.

«Toppy» acompañaba a la pareja en su excursión. De cuando en cuando, el perro se detenía y olisqueaba el Suelo y la base de los árboles.

—Tal vez perciba el olor de esos mastines —apuntó Ashlett.

—Quizá. De todos modos, me parece muy raro... Porque usted no cree en la leyenda de los perros guardianes de la tumba.

—Oh, no, en absoluto.

—Y, sin embargo, Symon Norris murió atacado por un perro.

—¿Estamos seguros de que fue un perro?

—El forense habló de un animal perteneciente a la especie de los cánidos. Pudo ser también un lobo, pero en aquella época se hace muy extraño.

—Sí, es un enigma muy difícil de descifrar —convino el joven—. Constance, ¿qué puede decirme de Kitterson?

Ella hizo un gesto de desagrado.

—Me resulta antipático —contestó—. Orgulloso, rebosante de presunción, con ínfulas de gran señor., y cualquier día se va a ver puesto de patitas en la calle. Debe la camisa que lleva puesta y su casa está ya hipotecada hasta la última teja. No, no es un sujeto recomendable.

—¿La ha pretendido a usted?

—Sí, pero le hice saber muy pronto cuál era mi opinión hacia él. Desistió sin demasiados esfuerzos.

—¿Qué me dice del conservador de Manstoke Hall, Constance?

—¿Mawton? Ya no es el conservador de la residencia.

Ashlett respingó.

—¿He oído bien? —dijo.

—Cuando fui a verle a usted, en vísperas de la exposición, ya sospechaba de su falta de ética. ¿Recuerda que le dije , tenía una cita con mi banquero?

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, en realidad es el banquero de mi padre. Yo solamente tengo poderes para determinadas operaciones, pero entonces me enteré de que Mawton no era el empleado fiel que aparentaba. Dejamos pasar unas cuantas semanas y pudimos comprobar que había cometido un desfalco de cierta importancia. Para no complicarnos la vida con un pleito, que nos habría hecho perder aún más dinero, me limité a despedirle.

—¿Fue grave la pérdida, Constance?

—Casi cuatro mil libras. Ignoro qué ha podido hacer con ese dinero, pero más extraño me parece aún que le ofreciese dos mil por el cuadro que luego destrozó a cuchilladas.

—Sí, resulta incongruente —admitió Ashlett—. ¿Sigue Mawton en Paddock?

—Desde luego, aunque no he vuelto a verle más... Ah, ya estamos llegando, Rick.

«Toppy» se precipitó en el claro dónde estaba la tumba. Ashlett preparó la cámara fotográfica.

Todo estaba igual, nada había cambiado desde el verano pasado. El lugar era melancólicamente atractivo, y pese a que allí había una sepultura, extrañamente tranquilizador. Ashlett sintió una agradable relajación de su sistema nervioso.

—Aunque por la noche no debe parecer tan agradable—murmuró, mientras se disponía a tirar la primera placa.

Súbitamente, ocurrió algo extraño.

«Toppy» empezó a ladrar con todas sus fuerzas, a la vez que corría hacia la lápida. El can se paró a unos metros y siguió ladrando desaforadamente, presa, al parecer, de un inexplicable ataque de furia, de tal forma que Constance tuvo que cogerle por el collar para conseguir que le obedeciera al ordenarle apartarse del sepulcro.

—No comprendo qué puede ocurrirle —dijo—. Hemos venido otras veces y nunca se mostró tan irritado.

Ashlett impresionó un par de placas más. Luego se acercó a la lápida.

Se preguntó cuál sería el grosor de aquella enorme losa, que no tenía menos de dos metros de altura por uno y medio de ancho. Aunque sólo tuviese veinte centímetros de espesor, el peso rozaría las tres toneladas y media. Imposible de remover sin medios adecuados.

De pronto, se volvió hacia la joven.

—Constance, creo recordar que la tumba está en tierras que son suyas —exclamó.

—Sí, nos pertenece —confirmó ella—. ¿Por qué lo dice, Rick?

Ashlett se acarició la mandíbula.

—Si este sepulcro fuese mío, trataría de ver lo que hay en su interior —dijo.

—¿Cómo? ¿Sugiere...?

—He expresado mi opinión, simplemente, Constance.

Ella movió la cabeza.

—No me atrevo a hacer nada sin consentimiento de mis padres —declaró.

—¿Por qué no les explica lo que sucede?

—Rick, ¿sabe que se encuentran en las antípodas y que las cartas, aun contando con la ventaja del correo aéreo, tardan, a veces, una semana en llegar a su destino?

—Bueno, tampoco tenemos mucha prisa —sonrió él.

Constance dudó todavía irnos momentos. Luego, al final, cedió:

—De acuerdo, les escribiré contando lo que sucede. Pero si mi padre se niega, yo no podré hacer otra cosa que obedecerle. Al menos en ciertos aspectos soy una hija obediente.

—Me gusta que sea así —sonrió Ashlett. Volvió la vista hacia la lápida sepulcral y añadió —: También me gustará ver lo que hay al otro lado.

—Nada —dijo ella rápidamente—. Han pasado más de quinientos años. Los huesos de la infortunada Constance Beggar ya no serán más que polvo y cenizas.

Ashlett calló. Luego, paso a paso, se acercó otra vez a la losa y examinó atentamente su superficie.

Si en aquel trozo de granito había algún secreto, ¿dónde estaba?, se preguntó.

«Toppy», en contra de su natural apacible, gruñía constantemente. Al observar el detalle, Ashlett se dijo que, ahora más que nunca, debían ver lo que había en el interior de la tumba.

Hizo un par de fotografías más y luego se volvió hacia la joven.

—¿Regresamos, Constance?

—Sí, como guste.

* * *

Cuando entró en el albergue, al atardecer, se sentía aún bastante perplejo. Los dueños de la granja mencionada por Constance durante la mañana habían asegurado rotundamente que los perros no habían abandonado el recinto vallado. Sí, les había oído ladrar con una furia desacostumbrada, alrededor de las diez de la noche, pero eso era todo. El granjero había salido fuera de la casa, temiendo que ocurriese algo raro, pero los animales se habían calmado a los pocos momentos y todo estaba tranquilo en los alrededores.

Aquellos canes debían de tener un oído muy fino, calculó Ashlett. La hora en que habían ladrado tan furiosamente, coincidía con el momento en que su

coche se paró falto de gasolina. A pesar de la distancia, los perros de la granja habían oído los sonidos emitidos por otros canes. ¿De quién eran los animales que habían estado a punto de atacarle?

Aunque, mirándolo bien, siguió con sus pensamientos, hablar de ataque de los mastines era inexacto. Simplemente, habían gruñido en las inmediaciones del lugar en que se hallaba. De haber querido atacar, se habrían lanzado contra el coche hasta convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos.

Y nada de eso había sucedido.

¿Acaso alguien sujetaba por las traíllas a los mastines y solamente les había permitido gruñir y ladrar, al menos en aquella ocasión?

Ashlett se sentía muy desconcertado, sobre todo porque no creía en hechos sobrenaturales. «Los fantasmas no vacían depósitos de gasolina», masculló enojadamente para sus adentros.

Al cruzar el umbral vio que Nora le hacía señales con una mano. En las mesas había unos cuantos individuos ocupados en su charla, entre trago y trago de cerveza y chupadas a las pipas y a los cigarrillos. Uno o dos le miraron, pero volvieron inmediatamente a la charla con sus compañeros.

—¿Sucede algo, Nora? —preguntó en voz baja.

—He estado pensando mucho en lo que le pasó anoche —respondió la señora Fox—. No hace mucho, conseguí recordar algo que ayer se me había pasado desapercibido. Su coche quedó fuera, frente a la puerta, ¿no es así?

—Cierto. Puesto que pensaba ir en seguida a Manstoke Hall, no quise llevarlo al garaje...

—Sí, lo sé. Bien, unos minutos más tarde, se paró una furgoneta frente a la casa y quedó situada paralelamente a su coche. Me di cuenta de que el conductor se apeaba, pero entonces no le presté demasiada atención. Al cabo de un rato, le vi subir de nuevo al vehículo. Llevaba en la mano lo que entonces me pareció una cuerda, pero luego vi que era un tubo de goma. La gasolina que le quitó fue a parar sin duda a una lata, que pondría en la caja de carga de la furgoneta. En esa posición, no serían muchos los que le viesen robándole gasolina del depósito.

—Sí, la furgoneta fue un buen biombo —convino el joven—. ¿Reconoció al sujeto, Nora?

—Pues... —la mujer vaciló—. Ahora que lo pienso, me parece tan extraño...

—¿Por qué? —quiso saber Ashlett.

—El hombre era Mawton. Pero la furgoneta pertenece a Kitterson.

Hubo un instante de silencio. Ashlett trataba de encontrar algún significado a las palabras de Nora. Pero desistió al darse cuenta de que, por el momento, se sentía incapaz de aclarar el enigma.

—Gracias, Nora, lo tendré en cuenta —se despidió, para subir a su habitación.

Mientras se aseaba un poco, pensó en la conveniencia de hacer un viaje a Easton Mili, a doce kilómetros al sureste de Paddock.

Luego bajó al comedor para cenar. Al terminar, vio a un hombre que entraba en la casa y, sin pensárselo dos veces, se encaminó hacia él.

CAPITULO X

Luke Mawton pareció sorprenderse un momento, pero reaccionó en seguida y tendió su mano amistosamente.

—Celebro verle, señor Ashlett —dijo—. ¿Quiere tomar una copa conmigo?

—Gracias. Precisamente, iba a proponérselo...

—Entonces, no se hable más. —Mawton palmeó los hombros del joven—. Conozco el éxito de su exposición. Le felicito sinceramente.

—Es usted muy amable. —Ashlett movió la mano—. Nora, dos copas del mejor coñac que tenga, por favor.

—Sí, señor, al momento.

Mawton sacó cigarrillos y Ashlett le aceptó uno. Luego, cuando tuvo la copa en la mano, la alzó un poco.

—Salud —dijo.

—Por sus éxitos como artista —brindó Mawton.

—Mayor podría haber sido el de mi exposición, si hubiese podido presentar mi mejor obra.

—¿Su mejor obra? ¿Se refiere a la pintura de la tumba de lady Constance?

—Sí, justamente.

—La vendió. Encontró un buen comprador...

—No.

—Se arrepintió.

—Alguien entró aquella misma mañana en mi estudio y acuchilló salvajemente la tela.

Mawton puso cara de sorpresa. «Finge bien», pensó Ashlett.

—Es increíble —dijo Mawton—. ¿Quién pudo cometer aquella salvajada?

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que no actuó con los guantes puestos.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Mawton.

—Bueno, huellas suyas quedaron en el pomo de la puerta y en la estantería donde tenía los apuntes de dibujo, entre otras cosas. Los estantes son de plancha metálica, y los hombres de Scotland Yard captaron unas cuantas huellas, aparte de las mías. Lo que sucede es que el autor del hecho no está, fichado.

—Entonces, será imposible encontrarlo.

—Tal vez, aunque no creo que se atreva a repetir su hazaña. Volveré a pintar el mismo paisaje y Dispénseme, tengo que hacer una llamada por teléfono a un amigo de Londres. Nora, estas copas, por mi cuenta.

—Sí, señor.

Ashlett se alejó hasta la cabina situada en el otro extremo de la taberna. Cerró la puerta, levantó el teléfono, puso monedas y marcó un número imaginario. Con el rabillo del ojo, vio que Mawton, disimuladamente,

limpiaba su copa mediante un pañuelo de pecho.

Al cabo de unos momentos, salió y regresó al mostrador.

—No estaba en casa —sonrió—. ¿Otra copa, Luke?

—Gracias, es hora ya de que me retire —contestó el sujeto.

—Un momento, por favor —pidió Ashlett—. Oiga, Luke, no quiero que tome mis palabras como ofensivas... En este mundo, todos estamos expuestos a un tropezón y debemos ser comprensivos con las flaquezas del prójimo.

—¿A qué viene eso? —preguntó Mawton recelosamente.

—Constance me ha hablado de ciertos problemas que tuvo con usted...

—Habría mucho que discutir sobre el particular, pero no quiero hacerlo —dijo el sujeto con voz tensa.

—No lo discutiré. Lo único que quiero saber es por qué me ofrecía dos mil libras por el cuadro si, al menos en apariencia, no podía pagarlas.

—Actuaba para cierta persona cuyo nombre me niego a revelar. ¿Satisfecho, Ashlett?

—Sí, muchas gracias.

Mawton dio media vuelta y salió con paso rápido. Ashlett hizo una señal a la señora Fox.

—Póngame otra copa, Nora —pidió.

—Se ha ido como si le persiguiera el demonio —comentó la mujer—. Pero usted no le ha dicho nada del robo de la gasolina.

—Hay algo más importante todavía y eso sí se lo he dicho —respondió Ashlett.

* * *

—Mawton es culpable, aunque no puedo afirmar todavía con seguridad de lo que haya podido hacer. Una cosa sí es segura: fue él quien destrozó la tela

Constance miró al joven inquisitivamente.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Borró sus huellas dactilares de la copa en que había estado bebiendo. Tal vez temió que yo me la guardase para llevarla al Yard. Por supuesto, la policía no tomó huellas en mi casa, pero él, claro está, lo ignora.

—Me pregunto por qué destrozaría el cuadro —dijo Constance—. ¿No se le ocurre ninguna hipótesis?

—Sólo tenemos un indicio; el trozo de tela que faltaba. Algo había en ese pedazo de lienzo, y no se me ocurre qué pueda ser. Quizá lo sepamos cuando revelen las fotografías. Pediré el máximo de ampliación en las copias...

—Que siempre serán inferiores en tamaño a la lápida sepulcral.

—Lo sé, pero hay veces en que el objetivo de la cámara capta detalles que pasan inadvertidos a la retina humana. Esperemos a tener la película revelada, ¿no le parece?

—Muy bien, Rick. ¿Hay algo más de nuevo?

—Sí. Quiero ir a Easton Mill. Son unas veinticinco millas entre la ida y la

vuelta. El día es espléndido... ¿No quiere acompañarme?

—Bueno, si espera unos minutos a que me arregle, con mucho gusto.

Ashlett quedó solo en el salón, con «Toppy» echado sobre la alfombra de pieles. Encendió un cigarrillo y contempló el hueco donde había estado el cuadro de Turner y que pronto volvería a ocupar su puesto. Aquel cuadro valía una fortuna, se dijo, tal vez mil veces más que el más caro de los suyos.

Poco después, ya sentados en el coche, Constance anunció que había escrito a sus padres.

—Si dan su permiso, en cuanto lo tenga iniciaremos los trabajos para quitar la losa sepulcral —añadió.

—No deje de avisarme; quiero estar presente en ese momento. No me gustaría perdérmelo por nada del mundo, Constance.

—Le avisaré, descuide. Y ahora, por favor, dígame, ¿a qué vamos a Easton Mili?

—En busca de un taxista —respondió él sorprendentemente.

* * *

Ollie Farrell contaba unos cincuenta años, era de media estatura, más bien grueso y apenas tenía pelo ya en la cabeza. Sus ojos menudos, maliciosos, chispeaban detrás de unos lentes de color azul muy claro.

—Así que buscan a dos chicas que llegaron aquí, a la estación de ferrocarril, el año pasado.

—Sí —contestó Ashlett—. Las dos eran jóvenes, menos de treinta años, guapas, vistosas... No llevaban mucho equipaje; un maletín de mano y un *nécessaire* a lo sumo. Una de ellas, Ruth West, era muy rubia, tenía el pelo casi pajizo.

—La recuerdo —contestó el taxista—. Efectivamente, esa mujer me pidió que la llevara a Paddock en la fecha que ha mencionado.

—¿Qué dirección le dio? —preguntó el joven ansiosamente.

—Pues... —Farrell se rascó el mondo cogote—. La verdad es que hizo algo muy raro. Cruzamos Paddock y seguimos cosa de un par de kilómetros más adelante. Entonces me mandó parar, me pagó y dijo que podía marcharme. Añadió que iban a recogerla allí y eso es todo.

—¿No le extrañó un comportamiento tan poco frecuente? —inquirió Constance.

Farrell soltó una risita.

—Señorita, tendría que llevar casi treinta años al volante de un taxi para no extrañarse ya de nada, por disparatado que sea lo que pueda hacer el cliente —respondió.

—Estamos de acuerdo —manifestó Ashlett—. Pero, ¿qué me dice de la otra? Era pelirroja, con el tono de pelo bastante oscuro...

Farrell hizo un signo con la mano.

—Esperen, por favor.

El taxista se alejó y caminó hacia el coche en que se hallaba otro colega, a unos veinte pasos de distancia. Habló con él unos minutos y luego regresó a los dos jóvenes.

—La llevó mi compañero, Heck McMurdo, y ella hizo exactamente igual que la rubia —informó—. Es todo lo que puedo decirle... y perdóneme, pero el expreso de Londres está a punto de llegar...

Ashlett puso un par de libras en la mano del taxista,. Farrell le dio las gracias y corrió a situarse junto a la puerta de salida de la estación.

—¿Quién iba a recibir a esas dos mujeres en aquel lugar? —murmuró Ashlett segundos después.

—A dos kilómetros de Paddock. —dijo ella pensativamente.

Ashlett agarró el brazo de la muchacha y la empujó resueltamente hacia el coche.

—Vamos a ver qué hay en aquel lugar —exclamó.

* * *

En aquel, lugar al menos aparentemente, no había nada.

Ashlett, desconcertado, dio un par de vueltas en torno al coche. Constance le contemplaba críticamente.

—¿Por qué tuvieron que apearse aquí? —exclamó, momentos más tarde.

Se volvió hacia la joven.

—¿Dónde vive Mawton? —preguntó.

—Hemos rebasado ya su casa. Está a doscientos metros del pueblo, pero por el otro lado.

—¿Y la de Kitterson?

—Hay que volver a Paddock y tirar por la calle que hay frente al albergue. En seguida se llega al campo y luego, a unos ochocientos metros, está la casa de Kitterson.

—Las mujeres tuvieron que pararse aquí. ¿Quién vino a recogerlas?

—Supongamos que fue Kitterson. Tiene una furgoneta de carga. Podría haberlo hecho en pleno día y nadie las habría visto.

—Sí. Y, ¿qué pasó después?

Constance guardé silencio.

—Si fue Kitterson... me cuesta mucho trabajo imaginármelo como un asesino...

—¿Lo conoce a fondo?

Ella hizo un gesto negativo.

—Tampoco conocía a Mawton —respondió.

—Preguntarle a Kitterson por esas dos mujeres resultarla absurdo —dijo Ashlett—. En el supuesto de que fuese culpable, sería tanto como levantar la liebre, y eso es algo que no podemos hacer. Tampoco, desde luego, podemos denunciarle sin pruebas a la policía. Pero, en cambio, hay algo que sí puedo hacer y, además, inmediatamente.

—¿Qué es, Rick? —preguntó Constance muy intrigada.

—Despreocuparme del asunto... y ocuparme un poco más de usted, si me lo permite.

Ella se ruborizó deliciosamente.

—Pero sin abusar —advirtió.

—Sólo lo que me permita —contestó Ashlett.

* * *

Ashlett hizo una llamada telefónica, un par de semanas más tarde, apenas vuelto a Londres.

—Lo siento, Lois —dijo.

—¿Qué pasa, Rick?

—Habla con tu amigo Eddie. Dile que no he podido encontrar el menor rastro de su chica.

—¿Ruth West?

—Sí.

—¿Qué me dices de Eileen?

—Tampoco sé nada. Bueno, sé que fueron a Paddock, pero nadie las vio, salvo alguien que acudió a recibirlas. Llegaron allí y desaparecieron, es todo lo que puedo decirte.

—Bueno, hablaré con Eddie. .

—Aconséjale que acuda a la policía, Lois.

Ella soltó una risita.

—Es lo último que haría, Rick —manifestó sorprendentemente—. ¿Cuándo vienes a tornar una copa conmigo?

—No sé, ya veré de encontrar un rato libre. Oye, Lois, un favor.

—Sí, encanto.

—Cuéntame la reacción de Eddie. Me interesa saber lo que dice cuando le des la noticia.

—De acuerdo, Rick.

Ashlett colgó el teléfono y se dispuso a salir de casa. Era preciso llevar a revelar el carrete de fotografías. Por fortuna, el dueño del laboratorio fotográfico era amigo suyo y las tendría listas muy pronto.

Al día siguiente recibió una visita, cerca del mediodía.

—Hola —saludó Lois—. No me esperabas, ¿verdad?

—Si he de serte sincero, no —contestó Ashlett, mientras se apartaba a un lado—. ¿Qué quieres tomar?

—El día es largo y no quiero empezar a beber tan pronto. ¿Tienes café, Rick?

—Puede hacerse en unos minutos. Ven a la cocina, encanto.

Lois le siguió, no sin curiosear el interior del estudio. Una vez en la cocina, y mientras el agua se calentaba, dijo:

—No he podido hablar con Eddie.

—¿Por qué?

—Ha desaparecido también, Rick.

Ashlett se volvió hacia la joven.

—¿Cómo?

—Te lo habría dicho por teléfono... pero no me atrevo. Ayer escuché algo que me hizo sentirme muy preocupada. Créeme, de haber sabido lo que era Eddie en realidad, yo no...

—Bueno, suéltalo de una vez —pidió Ashlett—. ¿Ha cometido algún crimen?

—Está metido en asuntos de drogas. Tengo entendido que la policía le sigue los pasos de cerca. El ha debido de enterarse y por eso puso pies en polvorosa.

—Drogas, ¿eh?

—Sí. Rick. Y parece ser que en esta ocasión era un asunto muy importante, cientos de miles de libras.

Ashlett silbó.

—Una buena «pasta»— convino—. Pero ¿tiene eso alguna relación con su chica?

Lois hizo un gesto de indiferencia.

—Te pedí que hicieras algo, porque tenía cierta simpatía a Eddie y a Ruth. Pero si ella está mezclada también en el asunto, yo me lavo las manos. Soy muy comprensiva, aunque sólo hasta cierto punto. No me gustaría pasarme una temporada a la «sombra» por culpa de otros. Tú ya me entiendes, ¿no?

Ashlett asintió, a la vez que preparaba las copas.

—Te entiendo y te agradezco la información. Anda, tómate el café y despreocúpate del asunto, preciosa.

Lois le guiñó un ojo.

—Si me ayudas tú, lo conseguiré muy pronto —aseguró maliciosamente.

Pero en esta ocasión, Ashlett resistió la tentación, con no poco disgusto de su atractiva visitante.

—Creo que te comprendo —dijo Lois, en vista de que sus insinuaciones resultaban infructuosas—. Estás pensando en la chica de Manstoke Hall.

—Sí, exactamente —confirmó Ashlett.

Cerró los ojos. En el próximo encuentro, pediría a Constance que se casara con él. Y confiaba en una respuesta afirmativa.

Lois levantó su segunda taza de café.

—Os deseo toda la felicidad del mundo —brindó afectuosamente.

Ashlett correspondió con un gesto análogo. Pero, al mismo tiempo, pensó que ello no llegaría hasta que hubiesen descubierto, lo que había en el interior de la tumba de Constance Beggar.

CAPITULO XI

Los ojos de Eddie Bartle echaban chispas y de su boca brotaban rayos, juramentos e imprecaciones de todos los calibres.

—No estoy dispuesto a que me engañes —exclamó—. El asunto vale mucho más de lo que puedes imaginarte y no quiero perder lo que tanto trabajo me costó conseguir. Escucha, Alfred Kitterson, puedo pasar por alto lo de Ruth West, a pesar de que me gustaba horrores. Pero si tratas de engañarme en este negocio...

—No hay engaño —contestó Kitterson fríamente—. Simplemente, vino, lo tuve hospedado un par de semanas y cuando creyó que el asunto se había «enfriado» se largó, eso es todo.

—AI menos, podías haberme dejado hablar con él.

—Se lo propuse, pero no quiso. Tom McCalder era un sujeto muy receloso de todo y de todos. Dormía abrazado a... al cargamento.

—De todos modos, sigo opinando que él no se pudo marchar sin decirme absolutamente nada.

Kitterson se encogió de hombros y trazó un ademán circular con la mano.

—Estás en mi casa —respondió—. Regístrala de arriba abajo si no te convencen mis palabras. Sal al jardín y mira a ver si encuentras una tumba reciente... Repito una y mil veces que Tom se marchó y que eso es todo lo que puedo decirte.

Bartle se pellizcó furiosamente el labio inferior. Kitterson parecía muy convincente, pero allí había algo que no marchaba bien. El instinto le decía que Kitterson le estaba engañando.

Y era algo que no le gustaba. A su modo, siempre había sido leal en sus tratos y nunca había permitido que se burlaran de él. Cuando ello había sucedido, el tramposo se había quedado con un recuerdo imborrable para toda su vida... en forma de unos cuantos huesos rotos o un buen tajo en la cara.

De pronto, recordó algo que avivó todavía más sus sospechas.

—Alfred —dijo.

—¿Sí?

Kitterson estaba al otro lado de la sala, sirviéndose una copa de buen coñac. Bartle le contempló especulativamente.

—Me has mentido —dijo, acusador.

Kitterson se volvió con la copa en la mano, sonriente, seguro de sí mismo.

—¿Ah, sí? Y, ¿en qué te fundas para decir una tontería semejante? ¿No hemos hecho antes otros tratos y todos los casos se solucionaron a la perfección? ¿Por qué iba a engañarte precisamente en esta ocasión?

—Precisamente— remedó Bartle—, porque el envío tiene un valor que supera las setecientas mil libras. Es el negocio más grande de todos desde que operamos juntos, y me parece lógico que haya llamado tu atención. Pero todavía hay más.

»McCalder aceptó tomar parte en la operación, a pesar de que no tenía demasiadas ganas. Tuve que convencerle, prometiéndole un buen porcentaje.

—Y aceptó...

—Sí, pero lo que tú ignoras es que Tom tiene una hija, a la que quiere con delirio. La hija se iba a casar hace dos semanas y él pensaba llevarla a la iglesia...

—¡Qué gracioso! —Rió Kitterson—. Un gángster en la iglesia. Es lo más divertido que he oído en mi vida.

—Divertido o no, es la verdad. McCalder no se hubiera perdido la ceremonia ni aunque le hubiésemos ofrecido el importe del envío.

—Vino y se marchó. Desde que se fue, no soy responsable de sus actos —dijo Kitterson bruscamente.

—Vino... y se quedó en alguna parte. —De súbito, Bartle sacó una pistola y encañonó a su interlocutor—. Alfred, tienes cinco segundos para decirme la verdad.

Kitterson respingó.

—Oye, Eddie, no pensarás...

La mano de Bartle se elevó y el cañón del arma apuntó directamente a la frente del otro.

—Cinco segundos —repitió—. Y empiezan a contar ahora, i Uno...!

Pero Bartle no pudo seguir hablando. Algo duro golpeó con fuerza su cráneo y se desplomó de bruces sobre el pavimento.

Kitterson lanzó un profundo suspiro.

—Has llegado a tiempo —dijo.

Luke Mawton contempló el cuerpo caído en el suelo.

—Sí, he llegado a tiempo —convino—. Parece que se estaba poniendo un poco pesado, ¿no?

—Demasiado —gruñó Kitterson, a Quien todavía no se le había pasado el susto y estaba sirviéndose una nueva copa de coñac—. ¿Qué hacemos con él? —consultó.

—Está claro, hombre. Hay que retirarlo de la circulación... y no es preciso que te diga cómo.

—De acuerdo, pero un día tendremos que ir allí y vaciar...

—No, que siga como está. ¿Quién va a entrar en aquel lugar, desconociendo el procedimiento?

—¿Y si lo encuentran algún día? Cometiste un grave error al no llevarte el cuadro completo.

—Sí, lo sé —admitió Mawton malhumoradamente—, pero quise dar la sensación de que era obra de un desequilibrado.. Bueno, ahora ya está hecho y el pintor no se ocupará más del asunto. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el detalle acusador ha desaparecido.

—Esa sí fue una buena idea —dijo Kitterson—. Lo llevaremos por la noche, Luke.

Bartle empezaba a rebullir. Mawton se inclinó, agarró su propia pistola y

volvió, a golpearle en el cráneo. Los movimientos de Bartle cesaron instantáneamente.

* * *

La fotografía, ampliada, tenía unas dimensiones cercanas al metro en longitud y unos sesenta centímetros en anchura. Había costado caro, pero Ashlett creía que valía la pena.

Durante largo rato, estuvo contemplando la imagen de la sepultura de Constance Beggar. Empezó a sentirse desanimado; allí no había nada de particular, nada que hubiera atraído de un modo especial al autor del destrozo del cuadro. Entonces, se fijó en el juego

de luces y sombras y se percató de que la fotografía, tomada a las nueve y media de la mañana de un día de primavera, tenía relativamente pocos contrastes, debido a que el sol estaba todavía bajo en el horizonte.

En una llanura, un árbol, a aquella hora, habría enviado su sombra a gran distancia. En el bosque, frondoso, poco menos que impenetrable, todas las sombras se confundían, entremezclándose las unas con las otras. Había lugares donde la roca del pequeño acantilado apenas si resultaba visible.

«Puede que sea un buen pintor, pero como fotógrafo soy una nulidad», se dijo.

Había tomado unas cuantas placas más y examinó los positivos, pero no pudo encontrar nada que llamase su atención. Al fin, dejó las fotografías a un lado. Le servirían para cuando iniciase de nuevo la pintura de la tumba.

Un tanto decepcionado, llamó a Constance y le dijo lo que sucedía. Ella trató de animarle.

—No tiene que reprocharse nada —dijo—. Ha hecho lo que ha podido y ¿Cómo va su trabajo?

—Bueno, estoy haciendo algunas cosillas... Un amigo me ha encargado unos bocetos de decorado para una obra que se va a estrenar muy pronto.

—Escenógrafo también, ¿eh?

—Ya hice algo años atrás, pero prefiero lo otro. De todos modos, es un trabajo bien remunerado y no tengo por qué rechazarlo, máxime cuando es muy probable que me procure otros encargos.

—Entonces, va a estar ocupado mucho tiempo...

—Sólo hasta el principio del verano. Entonces suspenderé la escenografía y me dedicaré a viajar por el país.

—A pie, claro.

—Es lo mejor, Constance.

—Me da envidia, Rick.

—Eso es algo que se podría solucionar fácilmente.

—¿De qué forma?

—Acompañándome en las excursiones. A usted no la asusta caminar a pie, me parece.

—Rick, venga a decírmelo a partir del quince de junio. Entonces podré darle una respuesta.

—De acuerdo.

Un verano entero recorriendo el país, sin prisas, deteniéndose en todos los lugares pintorescos, los dos juntos... Sería algo maravilloso, pensó.

Pero aún quedaban muchas semanas por delante. Lo mejor era afanarse en el trabajo, aunque su mente inquieta le llevó de nuevo a la sepultura de Constance.

El autor del destrozo se había llevado aquel fragmento de la tela como una especie de recuerdo, acaso para disfrutar solitariamente del motivo más interesante de la composición pictórica, algo así como un desquite del fracaso sufrido ni no poder adquirir el cuadro.

Se encogió de hombros.

—Puedo hacer mil copias, si es preciso, y eso es algo que él no podrá arrebatarme jamás —finalizó así sus reflexiones.

* * *

De pronto, cuando se podía decir que ni se acordaba de ella, Lois Shutton fue a visitarle, muy nerviosa.

—Tienes que hacer algo, Rick —le dijo, sin apenas preámbulos—. Conozco a otra chica que va a hacer un viaje a Paddock.

—Es un lugar muy agradable... —sonrió Ashlett, pero Lois no le dejó seguir.

—Se llama Meg Clay y puede seguir la misma suerte que las otras dos —exclamó vivamente—. Ya ha empezado a reunir dinero y sé que tiene algunas joyas de bastante valor... Debemos impedirlo, Rick.

—¿Le has hablado de Eileen y de Ruth?

—Sí, pero no quiere hacerme caso. Dice que se va a casar con un personaje muy importante de Paddock, un *landlord* con grandes posesiones, muchas tierras, un par de palacios... Dios mío, ¿cómo hay gente que pueda ser tan estúpida?

A Ashlett le atrajo en seguida su atención las palabras de su agitada visitante.

—¿Cómo se llama el terrateniente? —preguntó.

—Kitterson. ¿Lo conoces?

—¡Kitterson! —Resopló el joven—. Pero si debe hasta la camisa que lleva puesta...

—Rick, ¿querrás decírselo tú mismo a esa tonta de Meg Clay —solicitó Lois ansiosamente.

Ashlett vaciló. El buen tiempo había llegado ya. La semana próxima tema pensado viajar a Manstoke Hall. Ya había terminado los trabajos de escenografía y no quería adquirir más compromisos.

—Está bien, iremos a verla cuando tú digas —accedió finalmente.

—Ahora mismo —propuso Lois.

—Deja que me cambie de ropa, por favor.

Ashlett estuvo listo en pocos minutos. Cuando salían de la casa, Lois hizo una pregunta:

—¿Falta mucho para la boda, Rick?

—¿Quieres creer que todavía no le he dicho nada? —contestó Ashlett sonriendo.

—Entonces, ¿a qué esperas? Porque tú, de hombre tímido, tienes muy poco.

—Quizá no tarde mucho, encanto.

Lois suspiró.

—Avísame el día de la boda, aunque no me invites. Estaré en un rincón oculta, viendo cómo dos seres que se aman tiernamente funden sus vidas en una sola... Me enjugaré las lágrimas silenciosamente...

—Cariño, ¿te dedicas últimamente a la lectura de novelas rosa? —preguntó Ashlett de buen humor.

—Es que he descrito algo que va a suceder —contestó Lois, con acento lleno de sentimentalismo.

Era muy posible, convino Ashlett para sí.

Media hora más tarde, llegaban a casa de Meg Clay. Se llevaron una gran sorpresa.

El conserje del inmueble se lo confirmó. Meg se había marchado de viaje aquella misma mañana. No, no sabía dónde había ido; la señorita Meg, simplemente, había pagado el alquiler del apartamento y no le había dejado su nueva dirección, eso era todo lo que podía decirles.

Terriblemente consternada. Lois se volvió hacia el joven.

—Rick, ¿qué podemos hacer ahora? —exclamó—. Esa pobre chica puede morir.

Ashlett frunció el ceño.

—Temo que la única solución posible estriba en viajar a Paddock y decírselo a la interesada con toda claridad —respondió.

CAPITULO XII

Cargada con unos paquetes, Constance cruzó la acera y se acercó a su coche. Luke Mawton pasaba en aquel momento por su lado y la saludó cortésmente.

—Buenos días, señorita. ¿Quiere que la ayude?

—No, muchas gracias —respondió la joven envaradamente.

—Todavía sigue resentida conmigo, a lo que veo —dijo Mawton—. La engañaron

Mientras hablaba, Mawton había sacado una pitillera de plata y se disponía a encender un cigarrillo. Constance se sintió muy incómoda.

—Lo siento —dijo—. La culpa, en todo caso, no fue mía.

—Sí, ya veo; usted se considera inocente...

—¡Por favor, déjeme en paz!

Constance giró sobre sus talones y volvió a entrar en la tienda. Mawton la contempló durante unos segundos, vaciló y, al fin, se dedicó a reanudar la marcha.

Minutos después, Constance salía de nuevo. Entonces, vio algo que brillaba en el suelo.

Impulsada por la curiosidad, se agachó y recogió la pitillera que había visto poco antes en manos de Mawton. La dejaría en la tienda, para que se la entregasen a su dueño... ¿Su «dueño»? Las iniciales, en letras de oro, situadas en un ángulo, no correspondían en absoluto con las de Mawton. Una «R» y una «W»...

De pronto, una mano le arrebató bruscamente la pitillera.

—Gracias, señorita —dijo Mawton con seco acento.

Durante un segundo, Constance y el ex conservador se miraron fijamente. Constance conocía muy bien la historia de las dos mujeres que habían ido a Paddock y de las que no se había vuelto a tener más noticias. Eileen Fogarty y Ruth West... ¿Cómo había ido a parar la pitillera de Ruth a manos de su antiguo administrador?

Constance sintió frió. La mirada de Mawton no presagiaba nada bueno.

* * *

La puerta de la sala se abrió silenciosamente. «Toppy» se incorporó en la piel de oso, pero al reconocer al recién llegado, volvió a tenderse con toda mansedumbre. Constance, en cambio, sintió miedo.

—¿Cómo se atreve a venir aquí? —exclamó. Lentamente, Mawton sacó una pistola y encañonó a la joven.

—No haga resistencia, no grite o la mato aquí mismo —amenazó.

—Pero... ¿qué le he hecho yo?—En aquel instante. Constance recordó la pitillera—. ¡Usted asesinó a Ruth West! —gritó.

—Conoce la historia, ¿verdad? —Sonrió Mawton, con la expresión de un demonio—. No fui yo, pero tanto da... Esta mañana cometí un error al perder la pitillera. Es hora de subsanarlo.

—Llamaré a la policía...

—Ni lo sueñe. He cortado los hilos del teléfono. Su ama de llaves está durmiendo.

Además, es un poco sorda. Para despertarla, tendría que ir a su habitación y eso es algo que no pienso consentir.

Constance creía hallarse bajo el influjo de una horrible pesadilla. No, aquello que le sucedía no podía ser cierto.

—Vamos, salga —ordenó Mawton. Se echó a reír—. Es una suerte que «Toppy» me conozca; así no me atacará. Ya ve, ni siquiera ha ladrado.

Constance se puso en pie lentamente.

—¿Adónde me lleva? —preguntó.

—Ya lo verá a su debido tiempo, no se preocupe —respondió Mawton. De súbito, alargó la mano izquierda y agarró el brazo de la muchacha—. Se lo repito, no grite, no haga ningún gesto sospechoso, o puede considerarse muerta en el acto.

Constance no dijo nada. Como en sueños, moviéndose mecánicamente, se dejó llevar hacia la salida. Sabía que iba a su perdición, pero no podía hacer nada para evitarlo.

* * *

Cuando Kitterson oyó lo que le decían sus visitantes, se echó a reír a grandes carcajadas.

—Pero ¡qué buen humor tienen ustedes! Dos mujeres, jóvenes y hermosas, desaparecidas aquí... y yo las he asesinado..

—Se llamaban Eileen Fogarty y Ruth West —dijo Ashlett, ceñudo—. No se tienen noticias suyas y se sabe positivamente que ambas vinieron a Paddock.

—Pero yo no las conozco...

—Ruth me habló de usted —acusó Lois vivamente—. Y Meg Clay también, y sabemos que está aquí. ¿Por qué se empeña en negarlo?

—Por última vez —exigió Ashlett—, díganos que ha sido de esas mujeres.

Kitterson sonrió desdeñosamente. Sacó tabaco, se puso un cigarrillo en los labios y luego buscó el encendedor en el bolsillo de su pretencioso chaleco de terciopelo. Entonces, Lois lanzó un agudo grito:

—¡Ahí está la prueba! ¡Es el encendedor de Ruth!

Kitterson se puso rígido. Súbitamente, se oyó un chillido en el interior de la casa.

Una joven apareció, terriblemente alterada, desmelenada.

—¡Es un asesino! —gritó.

—¡Meg! —exclamó Lois.

Kitterson retrocedió un paso.

—Hable de una vez. ¿Qué ha sido de esas dos mujeres? —preguntó Ashlett.

Hubo un momento de silencio. Inesperadamente, Kitterson saltó hacia una consola cercana, abrió un cajón y extrajo una pistola, con la que encañonó a los presentes.

—No se muevan —dijo—. Quédense donde están y no les pasará nada.

—Entonces, es cierto —murmuró el joven—. Asesinó a Eileen y a Ruth, pero ¿por qué?

—No fui yo solo —contestó Kitterson.

Ashlett entornó los ojos.

—Le ayudó Mawton —adivinó.

—Sí, pero no conocen los motivos. Ni lo sabrán Jamás. Usted, Ashlett abra ese armario. Verá un maletín. Sáquelo y póngalo junto a la puerta. Pero no intente nada o tiraré a matar.

El Joven hizo lo que le decían. Kitterson movió la pistola.

—Apártese —ordenó.

—¿Qué hay en el maletín, Kitterson? —preguntó el joven.

Sonó una risita burlona.

—Mi tranquilidad para muchos años —contestó Kitterson.

Retrocedió, caminando lateralmente, y se inclinó para agarrar el asa del maletín. Luego se enderezó.

—No intenten seguirme —dijo.

Ashlett levantó la mano.

—¡Un momento! —exclamó—. ¿Dónde está su cómplice?

—Hemos sido un poco imprudentes, debo reconocerlo. Mawton se quedó con una pitillera y alguien se ha enterado de que no era suya. Dijo que iba a solucionar ese problema esta misma noche.

—¿Quién es esa persona?

Se oyó una risita burlona.

—La curiosidad es siempre peligrosa. Constance no debió haberse fijado nunca en las iniciales de la pitillera que había sido de Ruth West.

Lois exhaló un pequeño grito. Ashlett crispó los puños.

—Si ese miserable roza uno solo de los cabellos de Constance...

Kitterson rió de nuevo.

—Le hará, algo más que rozarle el pelo —dijo.

Y, de un salto, se lanzó fuera de la sala.

Ashlett corrió hacia la puerta. En el mismo instante, se oyeron gritos en el exterior:

—¡Alto! ¡Policía! ¡Deténgase!

Sonaron varias detonaciones. Por encima del estrépito de los disparos se oyó un agudo alarido.

Ashlett saltó fuera de la casa. Había un par de coches, con los faros encendidos. Delante de la puerta, se veía un cuerpo caído de bruces, con los

brazos separados en cruz, la pistola a un lado y el maletín al otro.

Un hombre avanzó hacia el joven.

—Soy Beames, inspector de policía —se presentó—. Parece que hemos llegado a tiempo, ¿eh?

—Eso tendrá que decirlo dentro de unos minutos, inspector —contestó el joven ceñudamente—. Venga conmigo, por favor; hay una mujer en grave peligro de perder la vida.

* * *

Los dedos de Mawton presionaban cruelmente el brazo de Constance. Cruzaron el vestíbulo y llegaron a la puerta de la casa.

—Luke, ¿por qué? —preguntó ella.

—Las cosas vienen rodadas —dijo Mawton—. Un poco de ambición, falta de dinero...

—Y dos mujeres fueron asesinadas, después de ser despojadas de sus joyas y de sus ahorros.

—El mundo no perdió nada —respondió Mawton brutalmente—. Eran dos vulgares prostitutas. Gente de esa clase abunda más que la mala hierba. Muere una, otra sigue... Bah, ¿qué importancia puede tener eso?

—Claro, no tiene importancia. Por eso quiere matarme, para que no diga que tenía usted la pitillera de Ruth West. Como no es nada importante...

—Tiene usted un excelente sentido del humor —rió Mawton—. Celebro su serenidad; esto hará las cosas más fáciles para los dos.

Repentinamente, se oyó el ruido del motor de un automóvil que se acercaba a toda velocidad. Mawton se puso tieso en el acto.

Estaban ya en el centro de la explanada que había ante la mansión. En aquel instante, dos potentes reflectores les iluminaron de lleno.

Se oyó un fuerte grito:

—¡Constance!

—¡Rick, Rick! —gritó ella desesperadamente.

Alguien saltó del coche, antes de que se apeara.

—¡Tire la pistola! —ordenó el policía.

Pero, en lugar de obedecer, Mawton hizo un par de disparos. Beames se agachó. Constance, aterrada, se tiró al suelo.

Mawton echó a correr. En dos zancadas, ganó la linde del bosque y se perdió en las tinieblas.

Ashlett corrió hacia la muchacha y se arrodilló a su lado. Constance se abrazó a 61 con todas sus fuerzas.

—Quería matarme... —sollozó.

—Calma, ya estás a salvo. No te pasará nada, te lo prometo.

Beames, despechado, se acercó a la pareja.

—Ha escapado —dijo—. Cualquiera lo encuentra ahora.

—No irá muy lejos, inspector —supuso Ashlett.

—Eso espero.

* * *

Era una extraña reunión. En el salón principal de Manstoke Hall, estaban, además de la dueña, Ashlett, el inspector Beames, con un par de agentes, y Lois y Meg Clay. El ama de llaves de Constance había servido el té y se había retirado.

—Kitterson tenía labia y supo atraerse a dos mujeres para despojarlas de sus ahorros y cuanto poseyeran de valor —explicó el policía—. Parece ser que Mawton se enteró o sospechó algo y, a cambio de su silencio, exigió una participación en el botín. Pero ahí no acababa todo, puesto que Kitterson estaba en connivencia con un grupo de hampones que se dedicaban a entrar drogas de contrabando. Recuerden que la costa está, a menos de cinco millas y que es muy fácil llegar a tierra en una lancha. Luego, el portador del envió de droga se escondía en casa de Kitterson, hasta que adquiría la seguridad de tener el campo despejado y entonces iba a Londres. Naturalmente, Kitterson, y después Mawton, percibían su parte por ayudar a los traficantes de droga.

—Y por eso vinieron ustedes aquí —adivinó Ashlett.

—En efecto. Hacía ya mucho tiempo que andábamos detrás de Eddie Bartle. A Eddie le interesaba saber qué había sido de Ruth, pero más todavía conocer el paradero del último envío de drogas, cuyo valor pasa con mucho las setecientas mil libras esterlinas.

Se oyeron varias exclamaciones de sorpresa.

—¿Cómo entraron en contacto Bartle y Kitterson?

—Por mediación de Eileen Fogarty, quien estuvo una corta temporada con Kitterson. Fue a Londres, pero volvió pronto, supongo que alucinada por la perspectiva de convertirse en la esposa de un terrateniente.

—Ella no sabía que Kitterson estaba arruinado —dijo Lois.

—Tenía labia suficiente para hacerle ver que lo negro era blanco —contestó el inspector.

—Que me lo digan a mi —exclamó Meg—. Me he librado por los pelos.

—Eso te hará ser más desconfiada con los hombres —dijo Lois sentenciosamente—. Bueno, con algunos, no todos, claro.

—Y todo eso lo declaró Kitterson antes de morir —intervino Ashlett.

—Si —confirmó Beames.

—¿Dijo también dónde estaban enterradas las victimas?

—No. Murió sin terminal por completo su declaración.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Ashlett dijo:

—En cambio, Mawton ha conseguido escapar.

—Tarde o temprano, lo pescaremos —afirmó el inspector Beames

* * *

Sintiendo en el estómago los fuertes espasmos del hambre, Luke Mawton

encendió un fósforo y consultó su reloj de pulsera. Había sido un tonto se dijo. Debería haber situado en aquel lugar algunos víveres, un par de latas con agua y unas mantas. Entonces, habría podido resistir indefinidamente, incluso durante semanas enteras.

Pero ahora llevaba sólo dos días y, aparte del frió, tenía hambre y sed.

Por fortuna, se dijo, nadie sabía que estaba en aquel lugar. Kitterson no le había traicionado o ya habría ido gente a buscarle. Sin embargo, era preciso tener en cuenta la posibilidad de que Kitterson acabase declarando la verdad y entonces...

Era otro motivo para abandonar el escondite. Aún no sabía dónde iría, pero tenía que marcharse de allí cuanto antes.

La hora era adecuada: pasaban ya las once de la noche. Encendió otro fósforo y se acercó a la pared. Había allí, muy bien disimulada, una palanca. Apartó a un lado el falso trozo de roca que la cubría y empuñó el mango.

Tiró hacia abajo, pero el mango, en malas condiciones, se rompió por la base.

Mawton frunció el ceño. Arrojó el inútil mango a un lado y trató de mover el resto de la palanca. Era preciso abrir la puerta de su encierro...

Sus uñas saltaron y las yemas de los dedos se cubrieron de sangre. Empapado de sudor frió, Mawton insistió una y otra vez, poro no obtuvo el menor resultado positivo.

Pasó un largo espacio de tiempo. Agotado, Mawton se dejó caer en el suelo. Todos sus esfuerzos habían resultado inútiles. Con la luz del último fósforo, contempló aquellas cosas que le rodeaban.

El mismo, muy pronto, sería uno de aquellos cadáveres que yacían en el interior de la tumba de lady Constance Beggar.

* * *

—Bueno —dijo Ashlett, seis semanas después de los últimos acontecimientos—, de nuevo estamos ante la tumba de Constance. Los perros eran una cinta magnetofónica, con la que Kitterson asustaba a la gente sencilla como yo...

—Pero los colmillos artificiales, con los que asesinó a Symon Norris, no tenían nada de fantasmagóricos —dijo la muchacha.

—Es cierto. Sin embargo, con esa muerte, Kitterson quiso impresionar a los conocedores de la leyenda. Y también quería proteger la tumba, pero ¿por qué?

—La tumba no le importaba en absoluto, opino. Unicamente quería crear un clima de terror, de ansiedad... Lo demás...

Ashlett no hizo ningún comentario. Situado frente a la lápida sepulcral, miraba atentamente, tratando de hallar el detalle que le había pasado inadvertido cuando tomaba apuntes del paisaje.

De pronto, en el lado izquierdo, según su posición, vio algo que le pareció

extraño. El sol estaba casi en el cénit, y la sombra, dada la verticalidad de la pared, caía muy larga, casi hasta el suelo.

Ashlett se acercó unos pasos. Había allí un ligero saliente... Le pareció ver señales como si alguien lo hubiera limado o desbastado con algún instrumento, para rebajarlo.

El relieve era apenas perceptible. Antes tenía que haber sido mucho mayor, se dijo. Y si lo había reflejado en su cuadro, Mawton lo había hecho desaparecer al llevarse el trozo de tela y los apuntes.

En las fotografías no se advertía nada, debido al exceso de contrastes entre las luces y las sombras. O tal vez había sido rebajado ya el relieve.

De súbito, obedeciendo a un impulso incontenible, tanteó con ambas manos en aquel trozo saliente. Hizo fuerza y, bruscamente, se oyó un chasquido.

Constance gritó:

«Toppy» ladró con todas sus fuerzas.

La lápida sepulcral giró lentamente a un lado, dejando al descubierto la entrada a la tumba. En aquel instante, Ashlett comprendió el motivo de la furia que había demostrado «Toppy» en algunas ocasiones al encontrarse en aquel lugar.

El hedor que brotaba del hueco era espantoso. Ashlett tuvo que correr hacia Constance, que parecía a punto de desmayarse.

* * *

El inspector Beames terminó de encender su pipa, sacudió el fósforo de madera y lo dejó sobre un cenicero.

—A ninguno se nos ocurrió pensar en aquel escondite —manifestó—. Si hubiéramos reparado en ello, Mawton, aunque en la cárcel, estaría aún vivo.

—Murió de la misma manera que murieron aquellas dos infortunadas mujeres —dijo Ashlett, en pie junto a Constance, quien se hallaba sentada en un butacón—. Por lo visto, le falló el mecanismo interior de apertura.

—Sí, se le encalló tras la rotura de la palanca... Una muerte horrible, que no se la deseo al peor de mis enemigos. Morir de hambre y sed, en la oscuridad...

—Tenía una pistola. ¿Por qué no se pegó un tiro? —exclamó Constance.

—Debió de perderla en el bosque, cuando escapaba a todo correr. Pensó que allí estaría seguro durante unos días... y él mismo se encerró en su tumba.

—Era culpable, tanto como Kitterson, no cabe la menor duda. Se asustó mucho cuando le dije que podían encontrar sus huellas en la puerta de mi casa y le vi limpiar su copa de coñac. También quiso asustarme, con la cinta de los ladridos de los perros... o quizá quiso matarme.

—En todo caso, poco importa ya. Los cadáveres de Eileen y de Ruth han sido identificados sin lugar a dudas, y lo mismo ha sucedido con los de Tom McCalder y Eddie Bartle. Bartle fue el que salió mejor librado, porque llegó

ya muerto al sepulcro. McCalder también murió de hambre y de sed.

—¿Disfrutarían sádicamente, pensando en la agonía de sus víctimas? —murmuró Ashlett.

—Es más que probable. Hay personas que, aparentemente, son normales por completo, pero que tienen la mente más retorcida que uno pueda imaginarse. —Beames meneó la cabeza—. De todas maneras, hay algo innegable: Mawton sufrió la misma suerte que había hecho padecer a sus víctimas y eso, se mire como se mire, no es sino justicia.

Ashlett asintió. Buscó la mano de Constance y dijo:

—Haremos tapiar la sepultura de tal modo que nadie pueda volverla a abrir Jamás. ¿No es cierto, querida?

—Sí, Rick —confirmó la muchacha.

—No había ningún tesoro —dijo Beames.

—Sólo encontramos algunas hilachas de los vestidos de Constance —declaró el joven—. Pero no, no había ningún tesoro Perdón, estoy mintiendo.

—¿Encontró algo valioso, Ashlett? —preguntó Beames ávidamente.

El joven sonrió. Inclinándose ligeramente, besó con suavidad la mano de Constance.

—Sí, encontré un tesoro, inspector —respondió.

FIN